

PRESENCIA POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN MILITAR DE LAS MUJERES

en la Cruzada Albigense

Martín Alvira*

Universidad Complutense de Madrid

En una sociedad guerrera como la del Occidente plenomedieval, las mujeres compartieron, vivieron, sufrieron y hasta en ocasiones hicieron la guerra. Si esta afirmación vale para las mujeres de prácticamente cualquier origen y condición, mucho más en el caso de aquellas que formaban parte de la aristocracia y la realeza, una minoría dirigente cuya dominación, forma de vida, cultura e ideología estaban forjadas al calor de lo guerrero.¹ En este caso nos interesa la presencia y la participación femenina en la Cruzada Albigense (1209-1229), una operación antiherética que devino una larga y dura guerra por el dominio político del sur de Francia, y en la que se vieron inmersas tanto

* Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación *Confrontatio. Violencia religiosa en la Edad Media peninsular: guerra, discurso apoloético y relato historiográfico* (ss. X-XV), financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (referencia: HAR2016-74968-P). Si no se indica expresamente, las traducciones de los textos citados son nuestras.

¹ Véase Megan McLaughlin, «The Woman Warrior: Gender, Warfare and Society in Medieval Europe», *Women's Studies*, 17 (1990), pp. 193-209; James M. Blythe, «Women in the Military: Scholastic Arguments and Medieval Images of Female Warriors», *History of Political Thought*, 22 (2001), pp. 242-269; Reyna Pastor, «Sombras y luces en la historia de las mujeres medievales», en E. Benito (coord.), *Tópicos y realidades de la Edad Media*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2002, pp. 179-230; Cristina Segura, «Las mujeres y las guerras en las sociedades preindustriales», en M. Nash y S. Tavera (eds.), *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*, Barcelona, Icaria, 2003, pp. 147-169; Martin Aurell, «Les femmes guerrières (XIe et XIIIe siècles)», en M. Aurell y T. Deswarte, *Famille, violence et christianisation au Moyen Age. Mélanges offerts à Michel Rouche*, París, PUPS, 2005, pp. 319-330; Yolanda Guerrero, «Las mujeres y la guerra en la Edad Media: mitos y realidades», *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*, 3 (2016), pp. 3-10.

la Corona de Aragón como la monarquía francesa de los Capeto, vencedora última del conflicto.² No es la primera vez que se estudia esta cuestión,³ por lo que aquí trataremos de ofrecer una visión más amplia y, al mismo tiempo, más detallada de algunos aspectos concretos.

Mujeres y fuentes

Nuestra valoración del papel militar y político jugado por las mujeres en la Cruzada Albigense está lógicamente condicionada por la información que proporcionan los testimonios de la época. En los últimos años se ha insistido con tino en la necesidad de estudiar más las fuentes documentales.⁴ Sin embargo, y como ocurre a la hora de profundizar en otros aspectos, su utilidad es relativa. Así, de los 15 documentos conservados de Alix (o Alice) de Montmorency, esposa del caudillo cruzado Simon de Montfort y la personalidad femenina más citada en las fuentes narrativas, ninguno resulta de interés para conocer su actividad militar o política.⁵ En los registros inquisitoriales y las *enquêtes* regias de tiempos de San Luis, en los que hay una presencia femenina importante, los testimonios se refieren a hechos posteriores al final de la guerra.⁶ Las colecciones documentales pontificias, regias, condales o señoriales proporcionan en ocasiones informaciones interesantes, si bien son las fuentes narrativas las que más y mejor permiten estudiar esta cuestión.

El primero en escribir sobre la guerra albigense fue Guilhem de Tudela, un clérigo y poeta de origen navarro afincado en el sur de Francia. Su *Canso de la Crozada* (c. 1210-1213) es un poema histórico que combina apoyo a la Cruzada y respeto por los barones occita-

² Sobre los hechos militares de la Cruzada, véase Michel Roquebert, *L'Épopée cathare*, 2 t., París-Toulouse, Perrin-Privat, 2001 (1.ª ed., 1970, 1977 y 1986), t. I; Laurence W. Marvin, *The Occitan War: A Military and Political History of the Albigensian Crusade, 1209-1218*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008; Martín Alvira, «Aspects militaires de la Croisade albigéoise», en *Au temps de la Croisade. Société et pouvoirs en Languedoc au XIIIe siècle*, Carcasona, Conseil Général de l'Aude, 2010, pp. 59-72; y Sean McGlynn, *Kill Them All: Cathars and Carnage in the Albigensian Crusade*, Stroud, The History Press, 2015.

³ En especial, Gwendoline Hancke, «Les femmes et la croisade contre le catharisme: actes de résistance?», en M. Trévisi y P. Nivet (dirs.), *Les femmes et la guerre de l'Antiquité à 1918*, París, Economica, 2010, pp. 167-183.

⁴ Daniel Power, «Who Went on the Albigensian Crusade?», *English Historical Review*, 128-534 (2013), pp. 1047-1085.

⁵ Monique Zerner, «L'épouse de Simon de Montfort et la Croisade albigéoise», en J. Dufournet, A. Joris y P. Toubert (dirs.), *Femmes, mariages, lignages, XIIe-XIVe siècles. Mélanges offerts à Georges Duby*, Bruselas, De Boeck, 1992, pp. 449-470, esp. 463-465; y Daniel Power, «Who went...», *op. cit.*, p. 1063, n. 62.

⁶ Especialmente relativos a las revueltas de Raimon II Trencavel (1240-1241) y Raimon VII de Tolosa (1242), Gwendoline Hancke, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 167-168 y 180-181; Marie Dejoux, *Les enquêtes de Saint Louis. Gouverner et sauver son âme*, París, PUF, 2014, pp. 220-232, 244, 278-280 y 319.

nos, a los que probablemente tenía intención de coaligar con los cruzados en un esfuerzo común contra la herejía.⁷ Su relato, interrumpido bruscamente en vísperas de la intervención del rey de Aragón Pedro el Católico en el conflicto (verano de 1213), lo continuó un poeta anónimo claramente partidario de los condes de Tolosa y hostil a la Cruzada (c. 1219/1228).⁸ Pese a sus diferencias literarias e ideológicas, ambos autores reflejaron en sus textos la participación femenina con una frecuencia similar y no menor.⁹

Como ya observara Sharon B. Neal, las mujeres descritas por Guilhem de Tudela constituyen un objeto pasivo de las acciones de los hombres y responden a unos roles femeninos limitados y convencionales, incluso en el caso de las más individualizadas.¹⁰ Entre estas últimas destacan la francesa Alix de Montmorency y la occitana Guirauda de Lavaur, aunque no son las únicas. Guilhem nombra también a dos personajes literarios, Helena de Troya y Aalaïs, madre de Raoul de Cambrai, y recuerda a Constance, hermana del rey de Francia Luis VII y madre del conde Raimon VI de Tolosa, así como a la condesa de Champagne Blanca de Navarra. De forma indirecta, el poeta cita igualmente a la infanta Sancha de Aragón, esposa de Raimondet, el futuro Raimon VII de Tolosa, y a su hermana Leonor, última esposa de Raimon VI, a la que dedica un elogio tan vehemente como ignorado por los especialistas.¹¹

El tratamiento de las mujeres es mucho más rico en la continuación de la *Canso*. Los personajes femeninos son activos, están mejor definidos y en ocasiones tienen voz, por lo que su participación en acciones militares resulta mucho más evidente e históricamente verosímil.¹² Sin nombrarlas, el anónimo alude a las hermanas del rey

⁷ Guilhem de Tudela, *Canso de la Crozada*, ed. y trad. fr. E. Martin-Chabot, *La Chanson de la croisade des Albigeois. Tome I*, París, Les Belles Lettres, 1931 [desde ahora GTU]. Véase Eliza M. Ghil, *L'âge de parage: essai sur la poétique et la politique en Occitanie au XIIIe siècle*, Nueva York, Peter Lang, 1989, pp. 91-149; y Marjolaine Raguin, *Lorsque la poésie fait le souverain. Étude sur la «Chanson de la Croisade albigeoise»*, París, H. Champion, 2015, pp. 57-71.

⁸ *Canso de la Crozada*, ed. y trad. fr. E. Martin-Chabot, *La Chanson de la croisade des Albigeois. Tomes II-III*, París, Les Belles Lettres, 1957-1961 [desde ahora *Canso*]. Véase Eliza M. Ghil, *L'âge...*, *op. cit.*, pp. 151-218; Marjolaine Raguin, *Lorsque...*, *op. cit.*, *passim*; y el reciente dossier «Chanter la Croisade albigeoise» en la revista *Médiévales*, 74-1 (2018).

⁹ Sharon B. Neal, «Las donas e las femnas, las tozas avinens: Women in *La Canso de la Crozada*», *Tenso: Bulletin de la Société Guilhem IX*, 10 (1995), pp. 110-138, esp. 112.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 117-118, 120 y 123.

¹¹ *Ibidem*, p. 112; GTU, estr. 18, v. 5 (*Elena*), estr. 22, v. 8-11 (*Alazais*), estr. 107, v. 1 (*dama Constansa*), estr. 42, v. 11 (*comtessa de Campanha*), estr. 130, v. 8-10 y estr. 15, v. 18-23 (*dona Elionor*). Véase *infra*.

¹² Sharon B. Neal, «Las donas...», *op. cit.*, pp. 118-120 y 123; Gwendoline Hancke, «Les femmes...», *op. cit.*, p. 168. También Marjolaine Raguin, «Dones i jardins a la part anònima de la *Canço de la croada albigea*, o l'art de manipular la lírica», *Mot so raso*, 10-11

de Aragón, a Jeanne Plantagenet, madre de Raimondet, y a la mítica Esclarmonda de Foix.¹³ Su único personaje femenino con un rol realmente protagonista, activo y directo vuelve a ser Alix de Montmorency, apelada siempre *la comtessa*. Frente a ella, el poeta construye hábilmente un contrapunto colectivo de poderoso contenido ideológico, el conformado por esas mujeres occitanas anónimas unidas en la tarea solidaria y entusiasta de ayudar en la defensa de sus ciudades contra los ataques de los cruzados.¹⁴

La versión de los hechos desde el campo de la Cruzada corresponde al monje cisterciense francés Pierre des Vaux-de-Cernay, cercano a Simon de Montfort.¹⁵ En su *Hystoria Albigensis* sobresale Alix de Montmorency, verdadera heroína del relato y *alter ego* de su marido Simon, descrito como un verdadero modelo de *miles Christi*.¹⁶ El cronista menciona a otras 19 mujeres, en muchos casos de la familia Montfort como su hija Amicie y casi siempre por sus relaciones matrimoniales como las parientes del rey de Aragón. En otras ocasiones, aparecen por protagonizar algún gesto destacado, como Mathilde de Garlande o Blanca de Champagne. Veremos que lo femenino juega en esta obra un papel importante en clave religiosa, algo lógico teniendo en cuenta su objetivo justificador y movilizador de la cruzada antiherética.¹⁷

Más alejada de los hechos (c. 1250-1275), la crónica del clérigo tolosano Guilhem de Puèglaureng (fr. *Guillaume de Puylaurens*) es otra fuente principal.¹⁸ Ha merecido mucha menos atención en lo relativo al tratamiento de las mujeres, que no es en ningún caso menor, como ha llegado a sugerirse.¹⁹ Las cita en 23 de los 50 capítulos de la obra (dos o más veces en nueve de ellos). Es cierto que su narrativa latina de corte historiográfico y su tono, menos militante pese a su ortodoxia católica, no transmiten la viveza que vemos en las descripciones y los diálogos en estilo directo de la continuación de la *Canso*. A cambio, nos ofrece noticias por lo general solventes sobre las principales protagonistas de la época, así como informaciones de primera mano de un enorme interés.

(2011-2012), pp. 47-62, esp. 49-56 [el mismo texto en «Dames et jardins. De l'épique à la lyrique dans la partie anonyme de la *Chanson de la Croisade albigeoise*», *Archives ariégeoises*, 6 (2014), pp. 77-99]; e *Idem*, *Lorsque...*, *op. cit.*, pp. 539-544.

¹³ *Canso*, estr. 131, v. 15-16, estr. 210, v. 91, estr. 150, v. 12 y estr. 145, v. 13-15 y 42-48.

¹⁴ Véase *infra*.

¹⁵ Pierre des Vaux-de-Cernay, *Hystoria Albigensis*, ed. P. Guébin y E. Lyon, 3 vol., París, Société de l'Histoire de France, 1926-1930 [desde ahora PVC].

¹⁶ Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, p. 449; Gwendoline Hanneke, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 167-168.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 450-457, esp. 455-456.

¹⁸ *Chronica Magistri Guillelmi de Podio Laurentii*, ed. y trad. fr. J. Duvernoy, Toulouse, Le Pérégrinateur, 1996 [desde ahora GPU].

¹⁹ Gwendoline Hanneke, «Les femmes...», *op. cit.*, p. 167.

Mujeres y matrimonio: el ejemplo de las estrategias del rey de Aragón

Buena parte de las referencias a mujeres en las fuentes de la Cruzada Albigense, muy especialmente en las latinas, corresponde a noticias sobre enlaces matrimoniales.²⁰ Es algo natural teniendo en cuenta su función clave en las estrategias expansivas de los grupos familiares feudales. A través de la institución matrimonial, las mujeres aportaban a la familia aristocrática paz, amistad, alianzas, influencia, prestigio y nuevos dominios territoriales. Un ejemplo de ello es la creciente influencia ejercida en el sur de Francia por los monarcas de la Corona de Aragón del siglo XII gracias a los vínculos matrimoniales. En el contexto concreto de la Cruzada Albigense, el responsable de esta política fue el rey Pedro el Católico, al que Martín Aurell describe precisamente como un «especulador sin escrúpulos del mercado matrimonial».²¹

Su hermana mayor Constanza, emperatriz y reina de Sicilia, describió a este monarca de personalidad carismática como un *caballero de la Iglesia, un guerrero por la fe y un hijo especial del Papado*.²² Pero al rey Pedro se le recuerda también como un gobernante despilfarrador de los bienes de la Corona en aras de sus ambiciosos proyectos políticos y, lo que más nos interesa aquí, como un gran mujeriego. Antes de casarse tuvo relaciones con una dama de la familia leridana de los Sarroca, y sabemos que tuvo tres hijos naturales: Pedro del Rey, canónigo en la catedral de Lérida; Sancha *Petri*, que casó con el vizconde de Vilamur; y Constanza, casada con el poderoso barón catalán Guillem Ramon de Montcada, la cual lució siempre con orgullo su condición de *infanta de Aragón*.²³ Otra amante del rey fue una dama occitana llamada Alazais de Boisazo. Se cuenta que el trovador Raimon de Miraval, enamorado de ella, le habló tanto de esta dama que,

²⁰ Sobre PVC, véase Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, pp. 455-456; GPUY, cap. 5, 11, 17, 25, 37, 38, 42, 43, 45 y 46. En las fuentes occitanas son mucho más escasas, GTU, estr. 15, v. 18 y estr. 130, v. 8-10; *Canso*, 131, v. 15-18 y estr. 186, v. 71-74.

²¹ Martín Aurell, *Les noces du comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, Publications de la Sorbonne, 1995, p. 535. Véase también John H. Mundy, «Le mariage et les femmes à Toulouse au temps des cathares», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 42-1 (1987), pp. 117-134; y Gwendoline Hancke, «Les femmes et le mariage à l'époque de la Croisade contre les cathares», *Études héraultaises*, 40 (2010), pp. 33-39.

²² *Pedro el Católico, rey de Aragón y conde de Barcelona. Documentos, testimonios y memoria histórica*, ed. M. Alvira, 6 t., Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010 [en línea], n.º 1661/1685 ([11-12.]1213). En las líneas que siguen retomamos nuestra comunicación inédita «Las mujeres del rey: el entorno femenino de Pedro el Católico, rey de Aragón y conde de Barcelona (1196-1213)», *Las mujeres en la Edad Media. XI Seminario Multidisciplinar del Departamento de Historia Medieval* (31 de enero y 1-2 de febrero de 2017).

²³ *Sigillum dompne Constancie, infantine Aragonum*, Martín Aurell, *Les noces...*, *op. cit.*, p. 445, n. 5.

cuando finalmente fue a conocerla, se la «birló».²⁴ Seguramente, quien más contribuyó a crear la imagen de mujeriego de Pedro el Católico fue su propio hijo, el rey Jaime I el Conquistador. En el *Llibre dels fets* afirma que sus vasallos occitanos le ofrecían *sus mujeres y sus hijas y sus parientes, las más bellas que podían encontrar*, para obtener su ayuda, porque sabían que era *hom de fempnes*.²⁵

Lo cierto es que fueron los tradicionales intereses ultrapirenaicos de la Corona de Aragón, más que las mujeres occitanas, los que llevaron al rey Pedro al enfrentamiento con la Cruzada Albigense. En septiembre de 1213 acudió con su ejército a Muret, cerca de Toulouse, a defender a sus vasallos y a destruir a los cruzados, y también en esta ocasión hubo una mujer. Según el cronista Guilhem de Puèglaurens, Simon de Montfort interceptó antes de la batalla una carta romántica del rey a una dama tolosana en la que le decía que, por su amor, expulsaría a los franceses. El cruzado había guardado la carta como una prueba contra el rey, pues demostraba que combatía el *negotium Dei* por una prostituta y que era un «afeminado» al que no debía temer.²⁶ Este interesante pasaje fue estudiado por Sara Lipton en uno de los pocos trabajos dedicados a los textos de la Cruzada Albigense desde las perspectivas de sexo y género. Destacó, primero, la imagen muy negativa de la mujer, llamada *meretrix* por Montfort, en tanto que esposa infiel, encarnación del pecado e instrumento de perdición. La cultura cortés, en la que la dama casada era el normal objeto de amor de los trovadores –Raimon de Miraval escribió una canción a la condesa Leonor de Aragón, de la que estaba enamorado, y se la envió a su hermano el rey Pedro para animarle a luchar contra los cruzados–,²⁷ es aquí ignorada o abiertamente menospreciada. Atendiendo al contexto, Lipton consideró que la dama tolosana debía de ser una hereje, de modo que feminidad, sexualidad e inmoralidad quedaban asociadas a heterodoxia en la mente de Montfort y en la pluma de Puèglaurens. Así, la mujer defendida por el rey de Aragón venía a ser un símbolo de la corrupta ciudad de Tolosa y, por extensión, de la herética sociedad occitana. Y esa defensa injustificada e intolerable solo podía hacer del monarca un hombre inmoral, débil, frívolo y ligero, un *effeminatum*

²⁴ Uc de Sant Cirq, *Razo de «Entre dos volers sui pensius» de Raimon de Miraval* (c. 1229-1242), ed. y trad. M. de Riquer, *Los trovadores: historia literaria y textos*, 3 t., Barcelona, Ariel, 1992 (1.ª ed., 1975), t. II, n.º 197.

²⁵ Jaime I, *Llibre dels fets*, ed. J. Bruguera, 2 vols., Barcelona, Barcino, 1991, cap. 8.

²⁶ «Sic Deus me adiuvet, quod ego regem non vereor qui pro una venerit contra Dei negotium meretrice!». *Quo dicto litteras in bursa reposuit diligenter (...) quas comes secum ferebat in testimonium coram Dominum contra illum, quem tanquam effeminatum sibi posse resistere pro Dei confidencia non timebat*, GPUY, cap. 20.

²⁷ Uc de Sant-Cirq, *Razó de «Bel m'es qu'ieu chant e coindei» de Raimon de Miraval* (c. 1229-1242), ed. y trad. M. de Riquer, *Los trovadores...*, op. cit., n.º 199.

frente al que se alzaba la figura de Simon de Montfort, encarnación de la recta y seria masculinidad católica.²⁸

Como es bien sabido, Jaime I apuntaló esta mala imagen al contar que su padre había pasado de las palabras al acto la noche anterior a la batalla de Muret: *yació tanto con una mujer, que nos mismo oímos decir después a su repostero, que se llamaba Gil (...) y a otros que lo vieron con sus ojos, que durante el Evangelio no pudo estar de pie, de modo que se sentó en su silla mientras se decía.*²⁹ El pasaje insiste en la vulnerabilidad del rey ante las mujeres, en la falta de control de su vida sexual y marital.³⁰ Pedro el Católico encarna también aquí una antítesis de Simon de Montfort, cuyo matrimonio con Alix de Montmorency fue un modelo de fidelidad conyugal y de compromiso con la castidad, tanto en el ámbito personal como en el público, en este último caso mediante el apoyo a alternativas religiosas para las mujeres que ejercían la prostitución.³¹ El episodio recordado por Jaime I terminaba de explicar por qué había perdido en Muret no solo la batalla sino también la vida.³² A partir de estos testimonios medievales, los historiadores dieron por buena la fama de Pedro el Católico, describiéndole como un rey galante, cortés y enamorado, al tiempo que libertino y faldero.³³ En realidad, en el recuerdo de este monarca importa menos su condición de mujeriego que su condición de perdedor. Si en lugar de dejar su reino derrotado, arruinado y desprestigiado, hubiera vencido la batalla de Muret y dado forma a una «Gran Corona de Aragón» dominadora del sur de Francia durante al menos unos pocos años del siglo XIII, su debilidad por las mujeres sería un elemento más de su

²⁸ Sara Lipton, «*Tanquam effeminatum*: Pedro II of Aragón and the Gendering of Heresy in the Albigensian Crusade», en J. Blackmore y G.S. Hutcheson (eds.), *Queer Iberia: Sexualities, Cultures, and Crossings from the Middle Ages to the Renaissance*, Durham, Duke University Press, 1999, pp. 107-129, esp. 111-116; también Martín Alvira, *El Jueves de Muret. 12 de Septiembre de 1213*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, pp. 451-455.

²⁹ Jaime I, cap. 9.

³⁰ Sara Lipton, «*Tanquam...*», *op. cit.*, pp. 116-117.

³¹ Gregory Lippiatt, *Simon V of Montfort and Baronial Government, 1195-1218*, Oxford, Oxford University Press, 2017, pp. 68-69 y 88.

³² Martín Alvira, *El Jueves...*, *op. cit.*, esp. 455-456; *Idem*, *Muret 1213. La batalla decisiva de la Cruzada contra los Cátaros*, Barcelona, Ariel, 2008.

³³ Entre otros testimonios, Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, ed. Á. Canelas [en línea], Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2003, lib. II, cap. 54; Xavier de Cardaillac, *Pierre II d'Aragon. Le roi troubadour et le roi chevalier*, Bayona, A. Foltzer, 1913; Ferran Soldevila, «La figura de Pere el Catòlic en les cròniques catalanes», *Revista de Catalunya*, 4-23 (1926), pp. 495-506; Louis Sentenac, «La vie familiale et privée de Pierre II d'Aragon (1177-1213)», en «*La bataille de Muret et la civilisation médiévale d'Oc*». *Colloque de Toulouse (9-11 septembre 1963)*, *Annales de l'Institut d'Études Occitanes* (1962-1963), pp. 116-123; y Robert I. Burns, «The Spiritual Life of James the Conqueror, King of Aragón-Catalonia, 1208-1276. Portrait and Self-Portrait», *The Catholic Historical Review*, 62 (1976), pp. 1-35, esp. 5 y 29.

personalidad. Como lo es, por cierto, en el caso de su hijo Jaime I, un rey al que no se recuerda por sus muchas amantes e hijos bastardos, sino porque conquistó Mallorca y Valencia, consolidando la Corona de Aragón en la Península Ibérica y el Mediterráneo.³⁴

Además de amantes, el rey Pedro el Católico tuvo una esposa, María de Montpellier, una mujer con fama de santa que padeció todos los sinsabores del sistema matrimonial aristocrático imperante en la época (instrumentalización, falta de afecto, repudio, adulterio, apartamiento de los hijos, expropiación).³⁵ En 1204 se convirtió en señora de Montpellier y en reina de Aragón al casarse con el monarca, cuyo único interés era la rica ciudad mediterránea. Los encuentros de los reyes fueron escasos y espaciados, aunque fructíferos. En enero de 1205 concibieron una niña, la infanta Sancha, que nacería en octubre para morir poco después. El rey quiso casarla con el hijo de Raimon VI de Tolosa, quien le exigió como dote el señorío de Montpellier. Pedro tuvo entonces que obligar a María a renunciar a sus derechos patrimoniales. El episodio, a medio camino entre la extorsión política y la violencia doméstica, lo conocemos por una declaración solemne de protesta de la misma reina, uno de los pocos testimonios medievales de denuncia de una esposa por los abusos de su marido:

Viendo y considerando que estos acuerdos se hacen en gran detrimento mío, no he querido aprobarlos ni confirmarlos. Por lo cual, por parte del propio rey, mi marido, he sido objeto de muchas amenazas indignas y he sido crucificada, y a pesar de ello no he querido aprobar lo que había hecho; digo más, le dije: «No lo aprobaré jamás». El rey Pedro, mi marido, viendo que de esta forma no quería aprobarlo, me dijo que, si no lo consentía, no prestaría ninguna ayuda a la ciudad de Montpellier y sus dependencias, sino que la abandonaría para siempre, porque no quería tener una tierra, un señorío o una esposa, o cualquier otra cosa, de la que no pudiera disponer a su voluntad. Y yo, entonces, elevando mi voz, se lo dije varias veces: «¿Por qué queréis defraudarme?». Él, encolerizado, me respondió que quería que aprobara estos acuerdos, porque se había comprometido a que yo lo haría, y que, si yo no lo hacía, le causaría un gran perjuicio. Y dichas estas palabras, el dicho rey, airado, se retiró. Y yo, privada de mis amigos y mis consejeros, me quedé en la mayor angustia y sin saber lo que debía hacer (...) Por lo cual, como

³⁴ Martín Alvira, *El Jueves...*, op. cit., pp. 448-458. Sobre Jaime I, M. Elisa Varela-Rodríguez, «Les relacions amoroses d'Elo Álvarez, Aurembiaix d'Urgell, Blanca de Antillón, Teresa Gil de Vidaure, Berengüera Alfonso, Sibil-la de Saga... Amistançades, concubines o amants de Jaume I?», en M.T. Ferrer (ed.), *Jaume I. Commemoració del VIII centenari del naixement de Jaume I*, vol. 1, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2011, pp. 577-598.

³⁵ Sobre la historia de María, recogiendo la bibliografía anterior, Martín Aurell, *Les noces...*, op. cit., pp. 427-458.

no podía hacer otra cosa y porque temía que el rey, a causa de las amenazas antes mencionadas y lo que yo le había dicho, me abandonase a mí y a todo lo que es mío (...), diciendo «apruebo todo esto coaccionada», lo aprobé y, coaccionada con gran violencia, lo juré.³⁶

Este documento absolutamente extraordinario pudo escribirse y conservarse porque el desprecio del rey de Aragón hacia los derechos patrimoniales de su esposa era una anomalía, un abuso hacia las prerrogativas sociales y jurídicas habituales en el sur de Francia a principios del XIII. Según Martín Aurell, entre 1180 y 1230 se produjo una diversificación de la familia clánica aristocrática en varias ramas colaterales, lo que permitió una mejora del estatus de las damas occitanas y una cierta emancipación femenina. Muchas mujeres nobles disponían de su patrimonio, gobernaban tierras, ejercían tutelas, recibían o rendían homenajes, ejecutaban testamentos, heredaban en igualdad con sus hermanos, impulsaban el monacato femenino o adquirirían la condición de *trobairitz*.³⁷ Lo interesante de las protestas de María de Montpellier no son los abusos de su marido, sino que el rey necesitara el visto bueno de su esposa para disponer de su patrimonio, que ella fuera consciente de sus prerrogativas jurídicas y que pudiera denunciar públicamente la violación de sus derechos. En realidad, las tribulaciones de la reina María de Montpellier representan un precedente: anuncian el cambio de estatus de la mujer noble occitana que llegaría desde mediados del siglo XIII como consecuencia sobre todo de la recuperación del viejo Derecho romano, que relegaba a la mujer a la condición jurídica de menor.³⁸

La crisis doméstica y política de 1205 tuvo graves consecuencias. El rey Pedro inició un proceso de divorcio que duraría siete años y cuyos papeles se conservan, lo que hace del matrimonio de estos reyes de Aragón el mejor documentado de la época. El monarca intentó casarse con otras dos Marías: María de Montferrato, heredera del reino

³⁶ *Tractats i negociacions diplomàtiques de Catalunya i de la Corona catalanoaragonesa a l'edat mitjana. Vol. I.1: Tractats i negociacions diplomàtiques amb Occitània, França i els estats italians, 1067-1213*, dir. M.T. Ferrer y M. Riu, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2009, n.º 152; *Pedro el Católico...*, op. cit., t. II, n.º 575 (Montpellier, 10.1205, trad. nuestra).

³⁷ Eliza M. Ghil, *L'âge...*, op. cit., pp. 56-62. Sobre este tema, William D. Paden, *The Voice of the Trobairitz: Perspectives on the Women Troubadours*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1989; Antonia Viñez, «La voz disidente de las Trobairitz», en M.T. Navarrete y M. Soler (ed.), *El eterno presente de la literatura Estudios literarios de la Edad Media al siglo XIX*, Roma, Aracne, 2013, pp. 35-63.

³⁸ Martín Aurell, *Les noces...*, op. cit., pp. 463-466; también Sara Lipton, «Tanquam...», op. cit., pp. 120-121. Sobre el tema, Claudie Duhamel-Amado, «Femmes entre elles. Filles et épouses languedociennes (XIe et XIIe siècles)», en J. Dufournet, A. Joris y P. Toubert (dir.), *Femmes, mariages, lignages, XIIe-XIVe siècles. Mélanges offerts à Georges Duby*, Bruselas, De Boeck, 1992, pp. 125-155.

de Jerusalén, en 1206;³⁹ y Marie, hija del rey de Francia Felipe Augusto, en 1213, en vísperas de la batalla de Muret.⁴⁰ El papa Inocencio III, a la cabeza de una Iglesia defensora de un modelo de matrimonio cristiano único, libre e indisoluble, esto es, radicalmente opuesto al sistema matrimonial aristocrático sucesivo y revocable, dio la razón a María de Montpellier. En enero de 1213 confirmó su unión con Pedro el Católico y ratificó sus derechos patrimoniales como señora de Montpellier, en lo que fue toda una victoria jurídica, política y personal de la reina de Aragón sobre su marido.⁴¹

Lo más sorprendente de las relaciones de Pedro el Católico y María de Montpellier es que volvieron a encontrarse y engendraron otro hijo, el futuro Jaime I, en mayo de 1207. Cuenta el propio Conquistador que ocurrió a instancias de un noble aragonés, Guillén de Alcalá, y por voluntad de Dios. Los cronistas catalanes posteriores (Bernat Desclot, Ramon Muntaner) enriquecerían el episodio hasta decir que los barones del rey o los burgueses de Montpellier prepararon el encuentro con la reina, haciendo creer al rey que se citaba con una dama de Montpellier de la que estaba enamorado. Esta leyenda suscitaba en el siglo XIII la misma risa que hoy, una risa que es en realidad una burla del rey Pedro y un símbolo de las victorias de su esposa.⁴²

El pequeño infante Jaime también fue objeto de una utilización descarnada en aras de los intereses políticos de su padre. Tras casi dos años de guerra, los cruzados se habían asentado firmemente en los vizcondados de Béziers y Carcasona, tierras tradicionalmente en la órbita de la Corona de Aragón, y Pedro el Católico necesitaba neutralizar esta amenaza para hacer frente a los almohades. A principios de 1211, el rey y Simon de Montfort negociaron el matrimonio de sus hijos, Jaime y Amicie. La idea de emparentar con la hija del cruzado no era nueva: según Vaux-de-Cernay, el conde de Tolosa ya había prometido casarla con su hijo Raimondet (probablemente entre agosto y finales de 1209), pero luego no mantuvo su promesa.⁴³ En el caso de Pedro el Católico, el acuerdo incluyó la entrega a Montfort de la custodia sobre el señorío de Montpellier y del propio Jaime, en ese

³⁹ *Tractats...*, op. cit., n.º 154; *Pedro el Católico...*, op. cit., t. II, n.º 657 (Acre, 22.09.1206).

⁴⁰ PVC, § 419.

⁴¹ Martin Aurell, *Les noces...*, op. cit., pp. 436-458.

⁴² Jaime I, cap. 9; François Delpech, *Histoire et Légende. Essai sur la genèse d'un thème épique aragonais (La naissance merveilleuse de Jacques I le Conquerant)*, París, Publications de la Sorbonne, 1993; *Idem*, «La naissance de Jacques I d'Aragon: histoire, légende, mythe et rituels», en J.P. Étienvre (ed.), *La Légende. Anthropologie, histoire, littérature*, Madrid, Casa de Velázquez, 1989, pp. 69-101; y Martin Aurell, *Les noces...*, op. cit., pp. 460-463.

⁴³ PVC, § 139.

momento único hijo y heredero del rey de Aragón.⁴⁴ El matrimonio quizá fuera iniciativa de Simon, porque ganó mucho en el acuerdo: el reconocimiento definitivo de los dominios conquistados durante la Cruzada, un vínculo familiar con la realeza –su hija podía convertirse un día en reina–, la custodia de la poderosa ciudad de Montpellier y la tutela del único heredero de su principal enemigo. En cuanto a Pedro, este matrimonio es probablemente su pirueta política más difícil de interpretar. Estabilizar el conflicto occitano, ganar tiempo en vísperas de la ofensiva almohade en la Península y obtener el favor del Papado son las principales razones dadas por los historiadores. Establecer un vínculo familiar directo con el nuevo vizconde de Béziers y Carcasona también le permitiría ejercer una influencia mayor que en tiempos de los Trencavel. Y el precio, quizá, no era tan caro como podría parecer: Montpellier, una ciudad que el rey ya no controlaba desde la revuelta de los montpellerinos de 1206; y un hijo al que no reconocía como heredero. El rey probablemente pensaba obtener de Roma la anulación de su matrimonio, volver a casarse y tener otros hijos. Entre tanto, los acuerdos de Pedro y Simon ciertamente debilitaron la posición de Raimon VI de Tolosa, principal objetivo de los cruzados. Se ha dicho que el rey tenía en mente su sustitución por Montfort, pero lo más probable es que jugara a varias barajas con el objetivo último de fortalecer su ascendente sobre todos los actores del conflicto.⁴⁵

Hay que recordar, en este sentido, los vínculos familiares establecidos por el rey de Aragón con los condes de Tolosa a través de otras dos mujeres. En primer lugar, la infanta Leonor (c. 1184-c. 1227), cantada por su belleza por poetas como Guilhem de Tudela, que la conoció personalmente en su boda (*La plus bona reïna, tota la belazor*),⁴⁶ Raimon de Miraval y el trovador Uc de Sant Cirq (*la plus bela dona*

⁴⁴ *Tractats...*, *op. cit.*, n.º 161; *Pedro el Católico...*, *op. cit.*, t. III, n.º 1113 (Saint-Nazaire de Mezouls, 27.01.1211); PVC, §§ 211 y 506; GPUY, cap. 16; Jaime I, cap. 8.

⁴⁵ Jordi Ventura, *Pere el Catòlic i Simó de Montfort*, Barcelona, Aedos, 1960, pp. 146-148; Ferran Soldevila, *Els primers temps de Jaume I*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1968, pp. 19-29; Martín Aurell, *Les noces...*, *op. cit.*, pp. 438-439; Pere Benito, «L'expansió territorial ultrapirinenca de Barcelona i de la Corona d'Aragó: guerra, política i diplomàcia (1067-1213)», en *Tractats...*, *op. cit.*, pp. 13-150, esp. 123-124; Damian J. Smith, *Innocent III and the Crown of Aragon. The Limits of Papal Authority*, Aldershot, Ashgate, pp. 93-95; Martín Alvira, «Jaime I de Aragón, conquistador de Mayrqa y Šarq al-Andalus, antes de ser rey (1208/604 H-1213/610 H)», en M. Reda Boudechar y A. Saily (coords.), *Homenaje al Dr. Jaafar Ben El Haj Soulami. Semblanzas y Estudios*, Tetuán, Asociación Tetuán Asmir-Asociación Marroquí de Estudios Andalusíes, 2015, pp. 152-172, esp. 165, 166-168; e *Idem*, «Simon et Pierre II d'Aragon : faits et mémoire», en M. Aurell, L. Macé y G. Lippiatt (eds.), *Simon de Montfort († 1218): le croisé, son lignage et son temps*, en prensa.

⁴⁶ GTU, estr. 15, v. 18-23.

del mon e la meiller).⁴⁷ Criada en el monasterio de Sigena junto a su madre, la reina Sancha de Castilla, fue casada en enero de 1204 con el conde Raimon VI, un hombre que tenía cuatro esposas ya a sus espaldas.⁴⁸ El matrimonio respondía al deseo de sellar definitivamente la paz con unos viejos enemigos –los tolosanos se habían opuesto a la expansión ultrapirenaica de los condes de Barcelona, luego reyes de Aragón, durante casi un siglo–, de reforzar su reciente alianza⁴⁹ y de preparar, a través del parentesco y la sangre, una futura incorporación del condado de Tolosa a la Corona de Aragón.⁵⁰ Leonor es la esposa de Raimon VI que menos ha interesado a los historiadores, sobre todo teniendo en cuenta la importancia política y la duración de su matrimonio. A ello ha contribuido seguramente que la pareja no tuviera descendencia. En las fuentes de la Cruzada Albigense su presencia es intermitente. Se dice que acompañó a su marido al norte de Francia y a Roma entre 1209 y 1210.⁵¹ Y seguramente es la dama a la que dedicó unos versos el señor poitevino Savaric de Mauleon, senescal del rey de Inglaterra, cuando acudió al asedio de Castelnaudary (verano 1211), una vez que la guerra se extendió al condado de Tolosa.⁵² Paralela a la de Leonor es la historia de su hermana menor Sancha. En marzo de 1211, el rey Pedro la casó con el futuro Raimon VII de Tolosa. En el marco de esa política ambivalente que veíamos antes, el monarca reforzaba su alianza familiar con Raimon VI solo dos meses después de haber casado a su hijo Jaime con la hija de Montfort. El matrimonio de Sancha pudo tener unos efectos políticos trascendentes, en la medida en que, según Guilhem de Puèglaurenc, implicó la donación de la propia Toulouse al rey de Aragón.⁵³

Los dos matrimonios tolosanos de las hermanas de Pedro el Católico serían esenciales a la hora de justificar política y jurídicamente

⁴⁷ Uc de Sant-Cirq, *Razó de «Bel m'es qu'ieu chant e coindei» de Raimon de Miraval*, ed. y trad. M. de Riquer, *Los trovadores...*, op. cit., n.º 199.

⁴⁸ Ermessenda de Melgueil (1172-1176), Beatritz de Béziers (ha. 1192), Bourguigne de Lusignan (c. 1193-1196) y Jeanne Plantagenet (1196-1199). Su desprecio por el matrimonio lo denunció PVC, 38.

⁴⁹ Véase Martín Alvira, «Le traité de Millau (1204)», *Heresis*, en prensa.

⁵⁰ Martín Alvira, *El Jueves...*, op. cit., pp. 92-94; *Idem, Muret...*, op. cit., pp. 27-29.

⁵¹ Véase *infra*.

⁵² *Dompna, be sai q'oimais fora razos*, ed. y trad. M. de Riquer, *Los trovadores...*, op. cit., n.º 186; GTU, estr. 61, v. 16-19 y estr. 87, v. 13-15; PVC, § 254. Sobre este barón, véase Lucas Villegas-Aristizábal, «Did Savary of Mauleon participate in Alfonso IX's failed siege of Cáceres in 1218?», *De Medio Aevo*, 6-12 (2018), pp. 99-118.

⁵³ GPUY, cap. 17; PVC, § 211; GTU, estr. 130, v. 10. Véase también la carta enviada al rey de Aragón por los cónsules de ciudad de Toulouse (07.1211), Claude Dévic y Joseph Vaissète, *Histoire générale de Languedoc*, ed. A. Molinier [desde ahora *HGL*], t. 8, Toulouse, Privat, 1879, n.º 161-CV, cols. 612-619.

la intervención militar que terminó en la batalla de Muret.⁵⁴ Todos los cronistas de la Corona de Aragón, salvo Jaime I, se hicieron eco de este argumento para rechazar la acusación de complicidad con la herejía esgrimida por los partidarios más acérrimos de la Cruzada Albigense.⁵⁵ Se encuentra también en la *Canso*, tanto en Guilhem de Tudela como en el continuador anónimo:

Y porque es mi cuñado y mi hermana desposó,
y yo con su hijo a mi otra hermana casé,
iré a ayudarle contra esta gente maldita [los cruzados]
que las quieren desheredar.⁵⁶

Por la misma razón, la muerte del rey Pedro y el colapso de la expansión de la Corona de Aragón en el sur de Francia a raíz del desastre de 1213 hicieron políticamente inútiles los matrimonios tolosanos de las infantas Leonor y Sancha. En 1214-1215, tiempos de victoria para Simon de Montfort, las condesas acompañaron a sus maridos en el exilio.⁵⁷ Leonor estuvo con Raimon VI en Roma durante el juicio al que le sometió el IV Concilio de Letrán. La Iglesia le reconoció su condición de *catholica mulier et honesta*⁵⁸ y le preservó las tierras provenzales del condado de Tolosa que había recibido en arras (el Marquesado de Provenza, el Comtat Venaissin, la Tierra de Argence y Beaucaire).⁵⁹ Desde esas mismas tierras, el hijo de Raimon VI relanzaría la guerra contra Simon de Montfort a mediados de 1216.

En los años siguientes, las dos hermanas del difunto Pedro el Católico fueron prácticamente dejadas de lado por sus maridos, un destino

⁵⁴ Martín Alvira, «La Cruzada Albigense y la intervención de la Corona de Aragón en Occitania. El recuerdo de las crónicas hispánicas del siglo XIII», *Hispania*, 60/3-206 (2000), pp. 947-976, esp. 960-966; *Idem*, *El Jueves...*, *op. cit.*, pp. 431-441; *Idem*, *Muret...*, *op. cit.*, pp. 214-215; también Sara Lipton, «*Tanquam...*», *op. cit.*, p. 118.

⁵⁵ *Gesta Comitum Barchinonensium I*, ed. S.M. Cingolani, *Les «Gesta Comitum Barchinonensium» (versió primitiva), la «Brevis historia» i altres textos de Ripoll*, Valencia, Universitat de València, 2012, pp. 119-160, esp. XIV.14; *Gestes del Comtes de Barcelona i Reis d'Aragó. Gesta Comitum Barchinone et Regum Aragonie*, ed. y trad. S.M. Cingolani y R. Álvarez, Santa Coloma de Queralt, Obrador Edèdeum-URV, 2012, XXII.10; *Crónica de San Juan de la Peña (Versión aragonesa)*, ed. C. Orcástegui, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1986, cap. 34, pp. 83 y 85; Gauberto Fabricio de Vagad, *Crónica de Aragón*, ed. facs., introd. M.C. Orcástegui, Zaragoza, Cortes de Aragón, 1996, f. 65r-72r, esp. 69v y 70r.

⁵⁶ *Canso*, estr. 131, v. 15-18 y estr. 132, v. 1-2; GTU, estr. 130, v. 8-10.

⁵⁷ GPUY, cap. 23 y 25.

⁵⁸ *HGL*, t. 8, cols. 681-682, esp. 681 (Letrán, 14.12.1215).

⁵⁹ Martín Alvira, «*Non prevaluit consilium Achitophel*. Debates y decisiones del Cuarto Concilio de Letrán sobre la Cruzada Albigense», *Revista Chilena de Estudios Medievales*, 9 (2016), pp. 27-62, esp. 42-43 y 50-51; Laurent Macé, *Les comtes de Toulouse de Toulouse et leur entourage. Rivalités, alliances et jeux de pouvoir, XIe-XIIIe s.*, Toulouse, Privat, 2000, p. 198.

habitual junto al repudio para las esposas sin utilidad política, especialmente en la dinastía de los condes de Tolosa. Así, apenas encontramos rastro de ellas en las fuentes diplomáticas condales.⁶⁰ Como explica Laurent Macé, las condesas tolosanas no tenían el mismo estatus que sus maridos. Ni siquiera recibían el título de «condesas»: en las actas de la cancillería condal la condesa era simplemente la «mujer del conde». Ellas sí que reivindicaban su posición y su condición regia. En noviembre de 1218, en un episodio excepcional, la condesa Sancha fue enviada a Nimes a confirmar los privilegios de la ciudad en nombre de su suegro y su marido. En el documento conservado, ella se presenta a sí misma como *hermana del difunto ilustre rey de Aragón*, y luego como *esposa* del conde de Tolosa.⁶¹ Pero cuando su marido un año después ratificó el acuerdo, la llama simplemente *Sancha, mi mujer*.⁶² Los condes de Tolosa, por lo tanto, utilizaban el prestigio de la ascendencia regia de sus esposas –Leonor de Aragón era llamada *domna regina*–, pero las apartaban sistemáticamente de la esfera del poder, relegándolas a la única función de asegurar la descendencia de la dinastía.⁶³

Cuando los condes dejaban de lado a sus esposas, eran las familias quienes se hacían cargo de asegurar su posición económica. Así, en octubre de 1218 el rey Jaime I entregó a su tía Leonor el gobierno del vizcondado de Millau.⁶⁴ Y en febrero de 1222, otro sobrino suyo, el conde de Provenza Ramon Berenguer V, le entregó ese mismo dominio con todas sus dependencias.⁶⁵ Cuando murió el viejo conde Raimon VI, Leonor de Aragón se retiró a la localidad de Bollène, al nordeste de Aviñón, donde sabemos que tenía una capilla propia.⁶⁶ Murió hacia 1227 y fue trasladada al monasterio de Sigèna, donde recibió sepultura junto a su madre la reina Sancha, su hermana la monja Dulce y su hermano el rey Pedro el Católico.

En cuanto a la condesa Sancha, en la *Canso* se alude a ella una vez, en tono cortés y sin nombrarla, por boca de su marido Raimon VII

⁶⁰ Laurent Macé, *Catalogues raimondins (1112-1229). Actes des comtes de Toulouse, ducs de Narbonne et marquis de Provence*, Toulouse, Archives Municipales de Toulouse, 2008.

⁶¹ M. Ménard, *Histoire civile, ecclésiastique et littéraire de la ville de Nîmes avec les preuves*, París, H.D. Chaubert, 1744-1758, t. I, Preuves, n.º XLV, pp. 63-64, esp. 63 (Nîmes, 12.11.1218).

⁶² *Ibidem*, n.º XLVI, pp. 64-65, esp. 65 (Nîmes, 23.05.1219); Laurent Macé, *Les comtes...*, *op. cit.*, pp. 61-62.

⁶³ Laurent Macé, *Les comtes...*, *op. cit.*, pp. 62-64.

⁶⁴ Demetrio Mansilla (ed.), *La documentación pontificia de Honorio III (1216-1227)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1965, n.º 61 (6.06.1217) y 194 (31.10.1218).

⁶⁵ Fernand Benoît (ed.), *Recueil des actes des comtes de Provence appartenant à la maison de Barcelone. Alphonse II et Raimond Bérenger V (1196-1245)*, 2 t., Mónaco-París, A. Picard, 1925, t. II, «Raimond Bérenger V», n.º 55 (Noves, 2.02.1222).

⁶⁶ *HGL*, t. 6, pp. 554-555.

y antes de la batalla de Baziège (1219).⁶⁷ Poco después le dio una hija, Joana, quien recibió el nombre de su abuela Plantagenet.⁶⁸ Ella fue la única heredera del condado de Tolosa y su última propietaria. Cuando Joana y su marido Alfonso de Poitiers murieron sin descendencia en 1271, sus dominios pasaron a los reyes de Francia.⁶⁹ Como su hermana Leonor, la condesa Sancha vivió después de 1220 prácticamente abandonada. Prueba de ello es que Raimon VII barajó en 1223 la posibilidad de casarse con la hermana de Amaury de Montfort, el hijo de Simon, para poner fin al conflicto albigense.⁷⁰ En 1230 el papa Gregorio IX instó a los condes a vivir juntos (sin éxito), y finalmente el matrimonio fue anulado en 1241. De nuevo un pariente, el citado Ramon Berenguer V de Provenza, sobrino suyo, le concedió una renta de 6000 sueldos sobre unas salinas, y en abril de 1246 su marido tuvo un último gesto al entregarle el castillo de Pernes, capital del Comtat Venaissin, a unos 20 km de Aviñón. Allí, no lejos de donde había muerto su hermana Leonor, falleció en 1249.⁷¹

Mujeres y herejía

La historiografía acepta el hecho de que las mujeres jugaron un papel protagonista en la vida interna y en la difusión del catarismo.⁷² Sin poner en cuestión que así fuera, Sara Lipton ya alertó hace unos años sobre la necesidad de reexaminar en clave de sexo y género esta sobrepresencia femenina en las fuentes conservadas (mayoritariamente católicas). Advertía así ante la posible reproducción de esquemas que pudieran ser construcciones ideológicas más que realidades histó-

⁶⁷ *Canso*, estr. 210, v. 91.

⁶⁸ Laurent Macé, *Les comtes...*, *op. cit.*, pp. 210-221, esp. 220.

⁶⁹ GPUY, cap. 31, 46 y 49.

⁷⁰ *Ibidem*, cap. 32; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1217-1218.

⁷¹ Laurent Macé, *Les comtes...*, *op. cit.*, pp. 199-200.

⁷² Malcolm C. Barber, «Women and Catharism», *Reading Medieval Studies*, 3 (1977), pp. 45-62; Richard P. Abels y Ellen Harrison, «The participation of Women in Languedocian Catharism», *Mediaeval Studies*, 41 (1979), pp. 215-251; Anne Brenon, *Les femmes cathares*, París, Perrin, 1992; Peter Biller, «Women and texts in Languedocian Catharism», en L.M. Smith (ed.), *Women, the Book and the Godly*, Cambridge, Brewer, 1995, pp. 171-182; Felicity A. Jones, *Neglecting the distaff? Women's involvement in Languedocian Catharism, c. 1190-c. 1320*, York, University of York, 1999; Gwendoline Hancke, *Les belles hérétiques: être femme, noble et cathare*, Cahors, L'Hydre, 2001; *Idem*, «La prédication féminine chez les Cathares», en M. Aurell (ed.), *Les Cathares devant l'histoire. Mélanges offerts à Jean Duvernoy*, Cahors, L'Hydre, 2005, pp. 289-309; Gwendoline Hancke, *Femmes en Languedoc. La vie quotidienne des femmes de la noblesse occitane aux XIIIe siècle, entre catholicisme et catharisme*, Cahors, La Louve, 2006; Gwendoline Hancke, *L'Hérésie en héritage*, Cahors, La Louve, 2006. Sobre la doctrina, Pilar Jiménez-Sánchez, *Les catharismes. Modèles dissidents du christianisme médiéval (XIIIe-XIIIe siècles)*, Rennes, PUR, 2008.

ricas.⁷³ Sea como fuere, los autores eclesiásticos mencionan a mujeres y recurren a elementos femeninos a la hora de explicar y de justificar la Cruzada Albigense. El más preocupado en describir las doctrinas de los herejes es Pierre des Vaux-de-Cernay, quien asegura que creían que María Magdalena había sido la concubina de Cristo y que su «buen Dios» tuvo hijos e hijas con dos esposas, Oholá y Oholibá.⁷⁴ La condición femenina se manifiesta incluso en el lenguaje de la disputa teológica, pues se repite la afirmación herética que veía en la Iglesia de Roma a la *meretriz de la que habla el Apocalipsis*.⁷⁵ El testimonio más significativo lo recoge Guilhem de Puèglaurenc al recordar los debates del coloquio de Montreal (1207):

Arnaut Oth [líder heresiarca] dijo que la Iglesia romana, defendida por el obispo [Diego] de Osma, no era la esposa de Cristo, ni santa, sino la Iglesia del diablo y la doctrina de los demonios, y que era esa Babilonia que Juan en el Apocalipsis llama «la madre de la fornicación y de la abominación, sedienta de la sangre de los santos y de los mártires de Jesucristo»; que su institución no era ni santa ni buena, ni instaurada por nuestro Señor Jesucristo.⁷⁶

Las mujeres se nombran igualmente a la hora de denunciar las inmorales creencias de los herejes relativas al matrimonio, o para ilustrar la connivencia con la herejía de los grandes barones occitanos o su intrínseca iniquidad.⁷⁷ En los autores cruzadistas se observa otra idea interesante: la del mayor compromiso de las mujeres heréticas –respecto de los hombres– en el momento crítico de elegir entre sus creencias y la muerte en la hoguera. Es significativo e interesante que Guilhem de Tudela adornara esta idea con un elemento estético asociado a lo femenino (*mota bela eretga*).⁷⁸ En la línea crítica apuntada por Lipton, estos testimonios no estarían revelando una actitud de

⁷³ La posición central de las mujeres heréticas reflejaría la secundaria de las católicas en la Iglesia o revelaría su protagonismo en la sociedad aristocrática occitana, Sara Lipton, «*Tanquam...*», *op. cit.*, pp. 119-123, esp. 119-120.

⁷⁴ PVC, § 11. Sobre la primera cuestión puede verse Mary A. Beavis, «The Cathar Mary Magdalene and the Sacred Feminine: Pop Culture Legend vs. Medieval Doctrine», *Journal of Religion and Popular Culture*, 24-3 (2012), pp. 419-431.

⁷⁵ *Ibidem*, §§ 12 y 52.

⁷⁶ GPUY, cap. 9.

⁷⁷ PVC, §§ 17 (afirmaban *quod non peccabat quis gravius dormiendo cum matre vel sorore sua quam cum qualibet alia*), 39 (el conde de Tolosa animó a una de sus esposas a ser hereje) y 200 (el conde de Foix durmió con *mimos et meretrices* en el monasterio de Pamiers tras haberlo atacado). Sobre estas acusaciones, Karen Sullivan, *Truth and the Heretic. Crises of Knowledge in Medieval French Literature*, Chicago, University of Chicago Press, 2005, pp. 115-150.

⁷⁸ GTU, estr. 14, v. 7-9 (en el asedio de Casseneuil, 1209); y PVC, § 155 (tras el asedio de Minerve, 1210). También GPUY, cap. 44 (tras el asedio de Montségur, 1244).

firmeza positiva o elogiable, sino una prueba en clave femenina del fanatismo irracional que caracterizaba a los herejes.

Dos nombres propios individualizan en las fuentes narrativas el prototipo de mujer herética. Uno es el de Guirauda de Lavaur, *here-tica pessima* según Vaux-de-Cernay, sobre la que luego volveremos.⁷⁹ El otro es Esclarmonda de Foix, hermana del conde Raimon Roger y cabeza visible de una parentela femenina (su tía Faïs de Durfort, su esposa Philippa) bien conocida por su implicación en la herejía.⁸⁰ La posición activa de estas damas en la difusión de sus creencias queda clara en un conocido episodio narrado por Guilhem de Puèglaurenç:

Hubo otra disputa en Pamiers [1207], en la cual la hermana de Raimon Roger, conde de Foix, protegía abiertamente a los herejes. Fray Étienne de Metz [compañero de Santo Domingo] le dijo: «Id, señora, a girar vuestra rueca. No interesa vuestra palabra [no os corresponde hablar] en un debate de este tipo».⁸¹

Esclarmonda es la única hereje mencionada, aunque no por su nombre, en la continuación anónima de la *Canso*. De hecho, el poeta no desmiente que lo fuera, limitándose a justificar por motivos familiares la protección que sobre ella ejerció su hermano, el conde de Foix.⁸² Este reconocimiento indirecto de la existencia de la herejía no es un detalle menor. Recuérdese que el anónimo construyó su texto insistiendo en las creencias católicas de los barones y las poblaciones occitanas, esto es, en los intereses puramente políticos (no religiosos) que habían movido a los cruzados.⁸³

La gran complejidad religiosa del conflicto se aprecia igualmente en los testimonios documentales. Personalidades de probada ortodoxia contaban entre sus allegados, parientes y servidores con simpatizantes de la herejía. Es el caso del conde de Foix, de Raimon VI de Tolosa y también de su última esposa, la citada Leonor de Aragón. Por los interrogatorios de la Inquisición, sabemos que una doncella suya llamada Peregrina daba de comer a los valdenses y que un día visitó a una perfecta cátara. Más lejos aún fue otra doméstica suya llamada Fizas de Sent Miquel. A finales de 1209, estando con Leonor y su marido en Roma iniciada la Cruzada –Raimon VI había ido a defender su causa ante Inocencio III–, hizo que un escudero llamado P. de Castlar

⁷⁹ PVC, § 227.

⁸⁰ PVC, §§ 48 y 198-199. Véase Krystel Maurin, *Les Esclarmonde: la femme et la féminité dans l'imaginaire du catharisme*, Toulouse, Privat, 1995; y la bibliografía recogida en la nota 72.

⁸¹ GPUY, cap. 8.

⁸² *Canso*, 145, v. 13-15 y 42-48.

⁸³ Marjolaine Raguin, *Lorsque...*, op. cit., pp. 123-212, esp. 135-148.

le organizara un encuentro con varios herejes en sus estancias; y otro día, en la propia capilla en la que el papa oía misa, esta dama adoró a un diácono hereje disfrazado de peregrino al que el mismo escudero había contactado.⁸⁴

En esta ambigua realidad fue fácil y casi inevitable que las exacciones de orden meramente feudal contra instituciones eclesiásticas y súbditos, al igual que las violencias derivadas de la espiral de represalias en la que se convirtió pronto la guerra albigense, adquirieran en el sur de Francia un sentido religioso de complicidad con la herejía, siendo motivo suficiente para justificar las operaciones militares de los cruzados. Sirva de ejemplo el espeluznante testimonio del cisterciense Vaux-de-Cernay a propósito de Hélic de Montfort y Castelnau, esposa del barón occitano Bernart de Casnac (fr. *Cazenac*):

Y siendo él así [su marido], le procuró el Diablo una consorte a su medida en la forma de su mujer, que era hermana del vizconde de Torena [fr. Turenne]. Esta nueva Jezabel, qué digo, mucho peor y más cruel que Jezabel, en todos los vicios era la peor y no le iba a la zaga a su marido en crueldad y malicia. Así pues, estos dos canallas expoliaban o más bien arrasaban iglesias, atacaban a los peregrinos [los cruzados], oprimían a las viudas y a los pobres, mutilaban a los inocentes; y fue así que, en un solo monasterio de monjes negros que se llama Sarlat, los nuestros encontraron a ciento cincuenta desdichados, entre hombres y mujeres, a los que les habían cortado las manos o los pies, les habían sacado los ojos o les habían tajado otros miembros, mutilados por este tirano y su mujer. Pues la mujer del tirano, impermeable a toda piedad, les había hecho arrancar los pezones o cortar los pulgares a las pobres mujeres para dejarlas así inútiles para el trabajo. ¡Oh, crueldad inaudita! Pero, aun pasando éstas por alto, no podríamos contar ni una milésima parte de las canalladas de este tirano o su mujer.⁸⁵

Sin perder de vista lo interesado de la denuncia, este texto confirma la realidad de una «violencia femenina» no solo dirigida contra los hombres sino, como en este caso, también contra las propias mujeres.⁸⁶

Mujeres y víctimas

Aunque en ambos bandos hubo víctimas femeninas, el testimonio que acabamos de citar es excepcional, pues las fuentes narrativas apenas se refieren al sufrimiento de las mujeres cruzadas. Lo que nos que-

⁸⁴ Laurent Macé, *Les comtes...*, *op. cit.*, pp. 178-185, esp. 180-181.

⁸⁵ PVC, § 530 (trad. David López Menaza); Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 816-820; y Claire Taylor, *Heresy, Crusade and Inquisition in Medieval Quercy*, Woodbridge-Rochester, Boydell & Brewer-York Medieval Press, 2011, pp. 99-100.

⁸⁶ Expresión empleada por Martin Aurell para el contexto de los francos («Les femmes...», *op. cit.*, p. 319).

da, en consecuencia, son muchas más escenas de occitanas víctimas de los cruzados. Proceden, incluso, de un autor tan poco dudoso en su posición cruzadista como Guilhem de Tudela, cuya descripción de la conquista de Béziers (22 junio 1209) es paradigmática y bien conocida:

Por eso [los cruzados] han destruido y mal dejado Béziers
que a todos mataron: no se les pudo hacer peor.
Y a todos mataban [a los] que en el monasterio se metieron [refugiaron].
Que no les pudo proteger cruz, altar o crucifijo.
Y clérigos mataban los locos ribaldos mendigos
y mujeres y niños, que ni uno creo yo que escapó.
¡Dios reciba las almas, si le place, en el Paraíso!
Que nunca tan fiera matanza desde tiempos de los sarracenos
no creo que fuera cometida ni que nadie la consintiera.⁸⁷

El mismo poeta se refiere a damas y doncellas evacuando la ciudad de Carcasona (agosto 1209) o refugiadas en la torre principal del castillo de Termes cuando la plaza cayó (noviembre 1210).⁸⁸ En su caso, el elemento femenino es también un recurso para ilustrar el comportamiento cortés y piadoso de los cruzados. Así, cuenta que las damas capturadas en Termes no fueron despojadas por Simon de Montfort, y que algunas de las tomadas en el asedio de Lavaur (mayo 1211) se vieron liberadas gracias a otro gentil caballero francés.⁸⁹ En una línea parecida, Guilhem de Puèglaurenç elogió la compasión del obispo Folquet de Toulouse, uno de los líderes más férreos de la Cruzada, al recordar cómo *se esforzaba en hacer escapar las mujeres y los niños a su suerte* cuando los cruzados tomaron al asalto el *castrum* (poblamiento rural fortificado) de Labécède (1226-1227).⁹⁰ En relación con estos testimonios es interesante que no encontremos referencias a mujeres cautivas o formando parte del botín de guerra de los vencedores, circunstancias muy habituales en la guerra medieval.⁹¹

⁸⁷ GTU, estr. 21, vv. 12-20.

⁸⁸ *Ibidem*, estr. 33, v. 6 y 8, y estr. 57, v. 14.

⁸⁹ *Ibidem*, estr. 57, v. 24-26 y estr. 71, v. 14-15; Karen Sullivan, *Truth...*, op. cit., p. 138.

⁹⁰ GPUY, cap. 31.

⁹¹ Martín Alvira, «Prisoners of War in the Albigensian Crusade, 1209-1229», *e-Strategica. Revista de la Asociación Ibérica de Historia Militar (siglos IV-XVI)*, 1 (2017), pp. 269-284, esp. 280-281. Sobre este tema, Yvonne Friedman, «Women in Captivity and Their Ransom during the Crusader Period», en M. Goodich, S. Menache y S. Schein (eds.), *Cross-Cultural Convergences in the Crusader Period: Essays Presented to Aryeh Grabois on His Sixty-Fifth Birthday*, Nueva York, P. Lang, 1995, pp. 75-118; e *Idem*, «Captivity and Ransom: The Experience of Women», en S.B. Edgington y S. Lambert (eds.), *Gendering the Crusades*, Nueva York, Columbia University Press, 2002, pp. 121-139; y para una época anterior, Sylvie Joye, «La femme comme butin de guerre à la fin de l'Antiquité et au début du Moyen Âge», en M. Trevisi y P. Nivet (dirs.), *Les femmes et la guerre de l'Antiquité à 1918*, París, Economica, 2010, pp. 91-108.

Resulta igualmente llamativo que las fuentes tampoco señalen casos de violaciones o de violencia sexual en general.

Donde hay más alusiones a mujeres víctimas de la guerra es en la continuación de la *Canso*. Con gran talento, el poeta anónimo compuso imágenes emotivas, vivas y conmovedoras que alimentaban los sentimientos de horror de su audiencia y animaban a quienes se oponían a la Cruzada.⁹² Las represalias de Simon de Montfort contra la ciudad de Toulouse (septiembre 1216), tras su fracaso en el asedio de Beaucaire y el inicio de la revuelta occitana, le permiten describir a mujeres y niños llorando por las calles, lamentándose por la suerte de sus familiares, rehenes de los cruzados, y clamando contra las exigencias tiránicas del barón francés. Son escenas que, al margen de su expresividad literaria, seguramente vivieron muchos de quienes luego escucharon el poema y, por ende, dotadas de un poderoso componente movilizador.⁹³ El tono se eleva conforme llega el final de la obra. Al describir la masacre de Marmande (1219) a manos de las tropas del príncipe Luis de Francia, el poeta retoma la imagen creada por Guilhem de Tudela y pone el acento en la crudeza de una cruzada que alcanzaba sin distinciones a toda la población:

Y comienza el martirio y la masacre temida,
que los barones y las damas y los niños pequeños
y los hombres y las mujeres, todos despojados y desnudos,
desmembran y despedazan [los cruzados] con las espadas afiladas; (...)
No sobrevive hombre ni mujer, ni joven, ni viejo
ni criatura alguna, si no se ha escondido.
La ciudad es destruída y el fuego encendido.⁹⁴

La segunda parte de la *Canso* termina justamente en junio de 1219 con el cardenal Bertrand, legado del papa Honorio III y cabeza espiritual del ejército del príncipe Luis, predicando esa misma destrucción total de Toulouse y sus habitantes:

Porque el cardenal de Roma [está] predicando y leyendo
que la muerte y la matanza deben ser lo primero,
de modo que en Toulouse ni sus dependencias
ningún hombre permanezca, ni cosa alguna viva

⁹² Marjolaine Raquin, *Lorsque...*, *op. cit.*, p. 289.

⁹³ *Canso*, estr. 172, v. 60, estr. 176, v. 17-18, estr. 178, v. 6-9, estr. 178, v. 32-35 y estr. 178, v. 69-73. También Marjolaine Raquin, *Lorsque...*, *op. cit.*, p. 332.

⁹⁴ *Canso*, estr. 212, vv. 90-104, esp. 92-95 y 102-104. Sobre este asedio, Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1145-1146; Laurence W. Marvin, *The Occitan War...*, *op. cit.*, pp. 298-301; y Frédéric Boutouille, «Les trois sièges de Marmande», *Médiévales*, 74-1 (2018), pp. 99-120.

ni dama, ni doncella, ni ninguna mujer encinta,
ni otra criatura, ni ningún niño de leche,
que todos sufran martirio en las llamas ardientes.⁹⁵

Estamos, obviamente, ante una visión partidista de los acontecimientos, que carga la mano en las violencias cometidas por los cruzados con un ánimo movilizador.⁹⁶ De aquí las proverbiales acusaciones contra Simon de Montfort por masacrar a mujeres y a niños, o contra los cruzados en general por *matar a las damas y destruir a sus maridos*.⁹⁷ Recuérdese, en todo caso, que muchos de los desmanes de esta guerra no fueron una invención retórica interesada. Autores nada sospechosos de complicidad con los herejes denunciaron los sufrimientos de las víctimas. Si antes citábamos a Guilhem de Tudela, cómo no recordar una vez más al canónigo de la Catedral de Roda (Huesca) que escribió esta elocuente versión de lo ocurrido en el sur de Francia entre 1209 y 1211:

Los cruzados, por el precepto del señor papa de destruir a las gentes de los herejes y sus cómplices, vinieron a Béziers y a Carcasona, y las tomaron con todos sus términos, y mataron al vizconde [Raimon Roger Trencavel] señor de esta tierra; y dio el señor papa a los cruzados como caudillo y príncipe al abad del Císter; y tomaron Minerve y Termes, y Pamiers, y Albi, y Cabaret, y Lavaur, y sitiaron Toulouse, y mataron en todas estas dichas ciudades y castillos y villas y tierras más de cien mil hombres y mujeres con sus hijos, y mataban a las mujeres embarazadas, y a algunos despellejaban, y nadie podía escapar de ellos, y cometieron otros muchos actos que no se pueden enumerar.⁹⁸

Mujeres y cruzada: el modelo de Alix de Montmorency

Como ha señalado Christopher T. Maier, las Cruzadas fueron un movimiento colectivo, entusiasta y generalizado en el que se implicó toda la sociedad plenomedieval, tanto hombres como mujeres, y de unas formas muy variadas, más amplias que las habituales en otros

⁹⁵ *Ibidem*, estr. 214, v. 124-130.

⁹⁶ Lo que pone en cuestión la tradicional datación de la segunda parte de la *Canso* en 1228-1229, cuando la guerra estaba prácticamente acabada, siendo más lógica su composición en 1219, en vísperas del Gran Asedio de Toulouse, *Canso*, pp. xiv-xv; Marjolaine Rauguin, *Lorsque...*, *op. cit.*, pp. 75-81.

⁹⁷ *Canso*, estr. 208, v. 14 (*E per donas aucirre e per efans delir*) y estr. 209, v. 63.

⁹⁸ *Obituario de Roda*, ed. S.M. Cingolani, *Els annals de la família rivipullense i les genealogies de Pallars-Ribagorça*, Valencia, Universitat de València, 2012, pp. 185-192, esp. 192. Sobre esta noticia, Martín Alvira, «La Couronne d'Aragon, entre hérétiques et croisés: la Croisade Albigeoise (1209-1211) selon le *Chronicon Rotense*», *Heresis*, 38 (2003), pp. 71-87. Sobre el tema también *Idem*, «*Matadlos a todos...* Terror y miedo en la Cruzada contra los Albigenses», en F. Sabaté (ed.), *Por política, terror social*, Lérida, Pagès, 2013, pp. 115-135.

conflictos bélicos y no siempre determinadas por los roles de género.⁹⁹ Ciertamente carecemos de testimonios femeninos y por ello no siempre es fácil conocer las motivaciones y las actividades desempeñadas por las mujeres.¹⁰⁰ Cabe pensar que, al igual que los hombres y que en expediciones anteriores y posteriores, la mayoría colaboró con la Cruzada Albigense «como un ejercicio devocional y penitencial más que como una aventura militar».¹⁰¹ Dicha contribución no exigía acudir físicamente al sur de Francia, pues toda cruzada era también animada a distancia, lo que facilitaba mucho la tarea tanto a mujeres como a hombres no combatientes.

La primera forma de participación indirecta era de apoyo espiritual con, en no pocos casos, una derivación económica. Consistía en oraciones, liturgias propiciatorias (celebraciones, procesiones), ofrenda de donativos y obtención de indulgencias, prácticas todas ellas estimuladas en tiempos de la Cruzada Albigense por el papa Inocencio III con el objeto de dar al movimiento cruzadista un carácter verdaderamente universal y al alcance de todos los cristianos.¹⁰² El mejor ejemplo de liturgia colectiva coetánea con expresa presencia femenina fueron las grandes procesiones celebradas en Roma en vísperas de la batalla de Las Navas de Tolosa (mayo 1212).¹⁰³ En relación con la financiación, los datos relativos a mujeres no son muchos. Sabemos que Alix, hija del barón francés Enguerrand III de Coucy, avaló junto al obispo de Soissons una donación del cruzado Simon de Chavigny, *in terram Albigensium profecturus*, a la abadía de Prémontré (julio de

⁹⁹ Christopher T. Maier, «The Roles of Women in the Crusade Movement: A Survey», *Journal of Medieval History*, 30-1 (2004), pp. 61-82, esp. 78 y 81-82.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 70. Sobre el tema, también Régine Pernoud, *La mujer en tiempos de las Cruzadas*, Madrid, Editorial Complutense, 2000 (orig. fr. 1990); James M. Powell, «The Role of Women in the Fifth Crusade», en B.Z. Kedar, *The Horns of Hattin*, Jerusalén-Londres, Yad Izhak Ben-Zvi-Variorum, 1992, pp. 294-301; Helen Nicholson, «Women on the Third Crusade», *Journal of Medieval History*, 23 (1997), pp. 335-349; Sabine Geldsetzer, *Frauen auf Kreuzzügen, 1096-1291*, Darmstadt, WBG, 2003; Natasha R. Hodgson, *Women, Crusading, and the Holy Land in Historical Narrative*, Woodbridge, Boydell, 2007; y Helen J. Nicholson, «Women and the Crusades», Hereford Historical Association, 2008 (inédito), <http://www.academia.edu/7608599/Women_and_the_Crusades> [consulta: 20/09/2018].

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 71; Christopher Tyerman, *Cómo organizar una cruzada. El trasfondo racional de las guerras de Dios*, Barcelona, Crítica, 2016 (orig. ing. 2015), pp. 176 y 269-273, esp. 272-273; e *infra*.

¹⁰² *Ibidem*, pp. 73-75 y 77. Véase Christopher T. Maier, «Crisis, Liturgy and the Crusade in the Twelfth and Thirteenth Centuries», *Journal of Ecclesiastical History*, 48 (1997), pp. 628-657; Constance M. Rousseau, «Home Front and Battlefield: The Gendering of Papal Crusading Policy (1095-1221)», en S.B. Edgington y S. Lambert (eds.), *Gendering... op. cit.*, pp. 31-44, esp. 35-39; y Amnon Linder, *Raising Arms. Liturgy in the Struggle to Liberate Jerusalem in the Late Middle Age*, Turnhout, Brepols, 2003.

¹⁰³ Martín Alvira, *Las Navas de Tolosa, 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, Madrid, Sílex, 2012, pp. 143-152.

1210).¹⁰⁴ Y también que la reina de Francia Ingeborg, la esposa danesa de Felipe Augusto, dejó en su testamento de septiembre de 1218, en plena crisis de la guerra antiherética tras la reciente muerte de Simon de Montfort, cuarenta libras *ad succursum terre Albigensii*.¹⁰⁵

Otra forma de contribución femenina era el reclutamiento de cruzados. Las esposas animaban a cruzarse a sus maridos y las madres a sus hijos, se cuenta en un conocido pasaje de una crónica de la Tercera Cruzada.¹⁰⁶ Volvemos a carecer de ejemplos de este tipo de persuasión privada para la empresa antialbigense. Es más, uno de los pocos testimonios al respecto informa justamente de lo contrario. Según su anónima *vita*, el barón francés Jean de Montmirail (m. 1217) quiso sumarse a la *peregrinatio* contra los albigenses en 1209 ó 1210, pero su esposa, Helvide de Dampierre, no le permitió sufragar los gastos y le disuadió de cruzarse.¹⁰⁷ Este episodio es un lugar común en los manuales de predicación de principios del siglo XIII, cuyos autores presentaban a las mujeres como un obstáculo para la vocación cruzadista de sus maridos. Ilustra, al mismo tiempo, el consentimiento mutuo que hasta esos años requerían hombre y mujer para poder cruzarse, así como la capacidad efectiva de las esposas para frenar la partida de sus maridos.¹⁰⁸ Las mujeres también sostenían de forma decisiva el esfuerzo militar de la cruzada mediante el cuidado y la administración de las propiedades familiares en ausencia de sus parientes masculinos, corriendo además no pocos riesgos socioeconómicos e incluso físicos en la tarea.¹⁰⁹ Aquí resulta especialmente interesante el ejemplo de la madre de Simon de Montfort, Amicie de Beaumont, condesa de Leicester (m. 1215), puesto que fue ella quien se hizo cargo de la gestión de los dominios familiares mientras su hijo combatía en el sur.¹¹⁰

En cuanto a la participación femenina en las expediciones, conviene remarcar que las Cruzadas nunca fueron empresas militares

¹⁰⁴ Daniel Power, «Who went...», *op. cit.*, p. 1065, n. 76.

¹⁰⁵ *Catalogue des actes de Philippe Auguste*, ed. L. Delisle, París, A. Durand, 1856, pp. 520-521 (09.1218); cit. *Canso*, t. III, n. 5, p. 225; y Marjolaine Raguin, *Lorsque...*, *op. cit.*, p. 308.

¹⁰⁶ *Itinerarium Peregrinorum*, ed. H.E. Mayer, Stuttgart, A. Hiesermann, 1962, lib. I, cap. 17; Helen Nicholson, «Women on...», *op. cit.*, p. 335; Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, pp. 67-68 y 75; y Christopher Tyerman, *Cómo organizar...*, *op. cit.*, pp. 175-176 y 269-271.

¹⁰⁷ Daniel Power, «Who went...», *op. cit.*, p. 1084, n. 162.

¹⁰⁸ James A. Brundage, «The Crusader's Wife: A Canonistic Quandary», *Studia Gratiana*, 12 (1967), pp. 427-441, esp. 428-434; Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, pp. 71-72; Helen J. Nicholson, «Women and...», *op. cit.*, p. 10; y Christopher Tyerman, *Cómo organizar...*, *op. cit.*, pp. 135, 176-177, 207 y 269-270.

¹⁰⁹ Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, pp. 76-77; Christopher Tyerman, *Cómo organizar...*, *op. cit.*, pp. 176-177 y 270.

¹¹⁰ Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, pp. 462-463; y Gregory Lippiatt, *Simon V...*, *op. cit.*, pp. 123-124.

exclusivamente masculinas. Por la propia naturaleza de los ejércitos medievales, los combatientes marchaban acompañados de sus esposas e hijos, sumándose también viudas y *peregrini* de todas las edades y condiciones. Las motivaciones espirituales se mezclaban con las obligaciones y los intereses asociados a la familia, la condición o el oficio a la hora de estimular y alimentar la participación femenina.¹¹¹ Una de las pocas menciones explícitas a mujeres entre los cruzados anti-albigenses puede leerse en el tramo final de la *Canso*. Describiendo el enorme ejército que se concentraba en el verano de 1219 al mando del príncipe Luis de Francia para poner sitio a la ciudad de Toulouse, el poeta afirma retóricamente que las colinas, las llanuras, los caminos y los senderos estaban *complidas e plenas d'omes e de molhers*.¹¹² La falta de testimonios similares quizá se deba al recelo eclesiástico hacia la presencia femenina en los ejércitos cruzados. Se temía que las mujeres, en tanto que ocasión de pecado y pependencias, dañaran la moralidad de los cruzados, provocando el castigo de Dios en forma de derrota.¹¹³ Recordemos, en relación con esto, una anécdota moralmente edificante y quizá no del todo cierta. De ella se hizo eco el cronista Guilhem de Puèglaurenç. El rey Luis VIII de Francia regresaba de su exitosa campaña contra los albigenses (verano 1226) cuando cayó enfermo en Montpensier. Uno de sus barones, Archambaut de Bourbon, le sugirió que podría curarse usando una mujer, por lo que introdujo una joven dama, noble y bella en el pabellón real. El monarca, sin embargo, se negó a cometer un pecado mortal, despidió a la joven y la hizo casar honorablemente.¹¹⁴

¹¹¹ Sobre el voto femenino de cruzada, véase Maureen Purcell, «Women Crusaders: A Temporary Canonical Aberration?», en L.O. Frappell (ed.), *Principalities, Powers and Estates: Studies in Medieval and Early Modern Government and Society*, Adelaide, Adelaide University Union Press, 1979, pp. 57-64; Helen Nicholson, «Women on...», *op. cit.*, pp. 336 y 347; y Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, pp. 69-70 y 71-72.

¹¹² *Canso*, estr. 213, v. 1-18, esp. 5; Marjolaine Raguin, *Lorsque...*, *op. cit.*, pp. 540-541. En las descripciones del gran ejército cruzado de 1209 no hay referencias a mujeres, Martín Alvira, «La Croisade des Albigeois : une armée gigantesque ?», en M. Bourin (dir.), *En Languedoc au XIIIe siècle. Le temps du sac de Béziers*, Perpiñán, PUP, 2010, pp. 163-188.

¹¹³ Helen Nicholson, «Women on...», *op. cit.*, p. 48; Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, p. 71; Helen J. Nicholson, «Women and...», *op. cit.*, p. 5; y Christopher Tyerman, *Cómo organizar...*, *op. cit.*, pp. 269-271; también Alan V. Murray, «Sex, Death and the Problem of Single Women in the Armies of the First Crusade», en R. Gertwagen y E. Jeffreys (eds.), *Shipping, Trade and Crusade in the Medieval Mediterranean: Studies in Honour of John Pryor*. Farnham, Ashgate, 2012, pp. 255-270; e *Idem*, «Warriors and Civilians in the Crusade Movement. Militar Identities and Status in the Liberation and Defence of the Holy Land (1096-1204)», *Millars: Espai i historia*, 43-2 (2017), pp. 97-127.

¹¹⁴ GPUY, cap. 34; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1325-1326; y Martín Alvira, *El Jueves...*, *op. cit.*, pp. 457-458.

Aun siendo las fuentes parcas en detalles, cabe imaginar que las mujeres que marcharon al sur de Francia llevaron a cabo las tareas que convencionalmente se les atribuye en los relatos de otras cruzadas. Estas funciones eran muy variadas y diferentes según su condición: colaboración con el tren de bagajes, apoyo logístico (suministro de comida y agua, participación en mercados, fabricación y reparación de vestimentas y armas), trabajos de higiene y mantenimiento, atención a heridos y enfermos, asistencia doméstica, prostitución, entre otras.¹¹⁵ De estas mujeres solo conocemos por su nombre a unas pocas, individualizadas en las fuentes narrativas por su elevada posición social o política. Es el caso de Mathilde de Garlande, señora de la alta nobleza francesa y madre del caballero cruzado Bouchard de Marly, próximo a Simon de Montfort. El monje Vaux-de-Cernay recuerda que, estando presente en el asedio de Minerve (junio-julio de 1210), esta dama salvó de morir en la hoguera a tres mujeres herejes que accedieron a reconciliarse con la Iglesia.¹¹⁶ Con ella quizá estaba su hija Marguerite de Montmorency (o de Marly), pariente asimismo de los Montfort y vizcondesa de Narbona desde finales de 1210 o principios de 1211 tras su matrimonio con el vizconde Aimeric III (Pérez de Lara), presente igualmente en el sitio de Minerve.¹¹⁷ Por su parte, Guilhem de Puèglaurènc cita a la *benévola esposa* del vizconde Sicard VI de Lautrec Agnès de Mauvoisin, emparentada también con los Marly, pues ayudó a los pocos cruzados que pudieron escapar de la masacre cometida por las tropas del hijo del conde de Tolosa cuando retomaron el *castrum* de Lavaur en 1220.¹¹⁸

Quien mejor encarna a la mujer comprometida con la Cruzada Albigense es Alix de Montmorency, la esposa de Simon de Montfort. Los tres autores más cercanos a los hechos, pese a sus diferencias ideológicas, le conceden un papel activo y protagonista.¹¹⁹ Alix parece haber sido una mujer enérgica, acostumbrada a la vida guerrera y capaz de hacer frente a situaciones difíciles. Guilhem de Tudela da cuenta de sus actividades junto a Montfort y le dedica elogios.¹²⁰ Para Pierre des Vaux-de-Cernay es sencillamente un modelo de comportamiento: es-

¹¹⁵ Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, pp. 67-68; Helen Nicholson, «Women on...», *op. cit.*, pp. 337 y 343-344; *Idem*, «Women and...», *op. cit.*, p. 5; y Christopher Tyerman, *Cómo organizar...*, *op. cit.*, pp. 135 y 271-272.

¹¹⁶ PVC, § 156; Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, p. 455; Gregory Lippiatt, *Simon V...*, *op. cit.*, pp. 61 y 62.

¹¹⁷ Jean Sarrand, «Alix de Montmorency et Marguerite de Marly», *Bulletin de la Commission Archéologique de Narbonne*, 32 (1970), pp. 173-175, esp. 174-175.

¹¹⁸ GPUY, cap. 31.

¹¹⁹ Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, pp. 456-460; Gwendoline Hancke, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 174-176; Marjolaine Raquin, *Lorsque...*, *op. cit.*, pp. 541-543. Vid. *supra*.

¹²⁰ GTU, estr. 50, v. 3-7 (*savia femina*).

posa y madre cristiana virtuosa, sabia y solícita, además de estrecha colaboradora de su marido tanto en las tareas militares como en las políticas.¹²¹ De hecho, en la imagen de Alix de Montmorency construida por el monje cisterciense quizá podríamos encontrar ese ideal femenino de mujer cruzada que Christopher T. Maier no alcanza a ver en otras fuentes de la época.¹²² Procedente de la alta nobleza francesa, compartía con su marido unas intensas convicciones religiosas. Ambos creían en esa cristiandad reformada y militante que postulaban entonces los intelectuales de la escuela de París y los cistercienses. En este sentido, tiene razón Gregory Lippiatt al decir que «es difícil imaginar una homóloga femenina más activa para Simon de Montfort».¹²³ En el plano militar, la estrecha y continua colaboración de la condesa ha llevado a otro especialista norteamericano, Laurence W. Marvin, a considerarla como «una de sus lugartenientes de mayor confianza».¹²⁴

Alix viajó al sur de Francia en marzo de 1210. Lo hizo conduciendo refuerzos para su marido, un cometido de gran importancia militar que volvería a llevar a cabo en julio de 1212, septiembre de 1213 y mayo de 1218.¹²⁵ Incluso después de muerto Simon (junio 1218), regresaría al norte junto a los obispos de Toulouse, Bigorre y Comminges *para suplicar al rey y al reino por la Iglesia de Dios*.¹²⁶ A las condiciones de estos desplazamientos se refirió Vaux-de-Cernay elogiando a la condesa. Cuenta que, cuando marchaba al asedio de Moissac (1212), el calor y la dureza del camino eran tales que dejó que los peregrinos de a pie a los que conducía montaran en su caballo.¹²⁷ Alix de Montmorency no aparece en los combates de Montfort, ni tampoco animándole a él o a sus tropas en la batalla, situaciones que son conocidas en otros contextos. Lo que las fuentes sí atestiguan es su participación en los consejos de guerra de los cruzados, reuniones en las que se adoptaban importantes decisiones de carácter militar.¹²⁸ En el primero de ellos, durante el asedio de Termes (agosto 1210), la condesa protagonizó una interesante tarea de mediación para conseguir que los obispos de Chartres y Beauvais, así como los condes Robert II de Dreux y Guillaume II de Ponthieu, que ya habían cumplido su voto de cruzada,

¹²¹ PVC, § 107; Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, p. 451.

¹²² Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, p. 69.

¹²³ Gregory E.M. Lippiatt, *Simon V...*, *op. cit.*, pp. 60-62, 90-91, 112-113, 140-141 y 201-202, esp. 61; también Jordi Ventura, *Pere el Catòlic...*, *op. cit.*, p. 106; y Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, pp. 461-469.

¹²⁴ Laurence W. Marvin, *The Occitan War...*, *op. cit.*, p. 56.

¹²⁵ PVC, §§ 141, 339, 450 y 606 B; *Canso*, estr. 194, v. 31 y 60, y estr. 196, v. 36.

¹²⁶ *Ibidem*, §§ 617-618; y Robert d'Auxerre, «Chronología», en *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, ed. L. Delisle, t. 18, París, V. Palmé, 1879, pp. 248-290, esp. 285.

¹²⁷ *Ibidem*, § 339; y GTU, estr. 116, v. 12-14.

¹²⁸ GTU, estr. 51, v. 1-2 (Miverve) y estr. 118 v. 10 (Moissac); PVC, § 181 (Moissac); y *Canso*, 189, v. 15-20 (Toulouse).

no abandonasen el ejército de su marido. Cuenta Vaux-de-Cernay que se arrodilló a sus pies, rogándoles afectuosamente que no dejaran en tal situación el *negocium Domini*, en lo que Monique Zerner describe como una forma muy femenina de súplica, en la medida en que apelaba a los sentimientos y a la capacidad de persuasión y seducción tradicionalmente atribuida a la mujer.¹²⁹ La escena solo conmovió al obispo de Chartres, el único que aceptó quedarse un tiempo más, pero es representativa de las funciones negociadoras que podían asumir las esposas de los grandes caudillos cruzados.

La condesa también colaboró en ceremonias políticas y en tareas de gobierno. En junio de 1213 intervino en el novedoso ritual de investidura caballeresca de su hijo: *cogió el conde a Amaury de la diestra y la condesa de la izquierda, subieron al altar y lo ofrecieron al Señor, rogando al obispo [de Orléans] que lo hiciera caballero al servicio de Cristo*.¹³⁰ Años más tarde, Alix asumió el control de la ciudad de Toulouse mientras su esposo combatía a Raimondet de Tolosa en Provenza (1216-1217). Por una fuente hebrea tardía sabemos que fue entonces cuando puso en marcha una dura campaña de conversiones forzadas de los judíos tolosanos caracterizada por unos excesos (apresamientos, condenas a muerte, confiscaciones de bienes) que luego tuvieron que ser moderados.¹³¹

Un pasaje de gran interés para el tema que nos ocupa es el conocido sueño de la condesa, situado poco antes de la batalla de Muret. Lo narra de nuevo el autor de la *Hystoria Albigensis*. Después de que Montfort supiera que el rey de Aragón había sitiado Muret con su ejército:

Nuestra condesa, que estaba con él, tuvo un sueño que la atemorizó enormemente. Le mostraba que de sus brazos manaba sangre en gran abundancia; por la mañana, le contó su sueño al conde y le dijo que estaba muy preocupada. El conde respondió: «Habláis como una mujer. ¿Creéis que doy fe a los sueños y a los augurios como los hispanos? Si yo hubiera soñado esta noche que debía morir en la batalla a la que acudo, marcharía con mayor confianza para jugar una mala pasada a la estupidez de los hispanos y los hombres de esta tierra, que se preocupan de los sueños y de los augurios».¹³²

El cronista incorporó esta anécdota para seguir configurando la imagen de Simon de Montfort como modélico caballero cristiano alejado de toda creencia supersticiosa o de dudosa ortodoxia. Se trataba

¹²⁹ PVC, § 181; Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, pp. 451-452.

¹³⁰ *Ibidem*, § 431.

¹³¹ Selomoh ibn Verga, *La vara de Yehudah (Sefer Sebet Yehudah)*, trad. M.J. Cano, Barcelona, Riopiedras, 1991, cap. 69, p. 268. Véase Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, pp. 457-462, esp. 461; y Gregory E.M. Lippiatt, *Simon V...*, *op. cit.*, pp. 90-91 y 201-202.

¹³² PVC, § 449.

también de presentar unos etnotipos despectivos –asociados a la superstición, la estupidez, la ignorancia y, en definitiva, la herejía– de los enemigos hispanos y occitanos a los que el *conde de Cristo* derrotaría en la batalla de Muret. La condesa Alix encarna aquí la credulidad femenina, ese irracional temor a los malos augurios propio de mujeres y atribuido a los hispanos y a los occitanos del rey de Aragón, asimilados una vez más a lo femenino y a lo afeminado. Y de nuevo frente a ellos se erigen la masculinidad racional y valiente, la ortodoxia y la catolicidad francesas encarnadas por Simon de Montfort.¹³³

Mujeres y actividad militar: las defensoras de castillos y ciudades

Se ha escrito bastante sobre la implicación de las mujeres plenomedievales en acciones militares directas. Los numerosos testimonios coetáneos sugieren que fue una realidad más frecuente que en otras épocas. En el ámbito de las Cruzadas, las fuentes hablan de mujeres ayudando en el levantamiento y la fortificación de campamentos, trabajando en las obras de asedio, a la cabeza de contingentes armados, animando a los guerreros al combate, proporcionándoles agua y municiones, actuando como centinelas y guardias de cautivos, operando máquinas de asedio, arrojando proyectiles sobre el enemigo e incluso portando armas y luchando si la ocasión así lo exigía.¹³⁴ Dicho esto, todo indica que la participación femenina en combate fue excepcional, movida por una emergencia y casi siempre a pie en la defensa de plazas fuertes o campamentos.¹³⁵

Los testimonios de la Cruzada Albigense no hablan de mujeres combatiendo con las armas en la mano, ni de unidades militares de guerreras, como sí las hubo en otros ámbitos.¹³⁶ Tampoco encontramos mujeres dirigiendo operaciones militares sobre el terreno, si bien Guilhem de Puèglarenç narra un episodio de este tipo anterior a 1209. Lo

¹³³ Sobre este episodio, Monique Zerner, «L'épouse...», *op. cit.*, pp. 452-454; Sara Lipton, «Tanquam...», *op. cit.*, p. 117; Martín Alvira, *El Jueves...*, *op. cit.*, pp. 487-490; e *Idem*, «Ut stulticie Hispanorum et hominum terre hujus, qui sompnia curant et auguria, plenius contrairem. Sobre superstición y herejía durante la Cruzada contra los Albigenses», *Heresis*, 36-37 (2002), pp. 253-277.

¹³⁴ Megan McLaughlin, «The Woman Warrior...», *op. cit.*, pp. 196, 197 y 199; Christopher T. Maier, «The Roles...», *op. cit.*, p. 69; Helen J. Nicholson, «Women and...», *op. cit.*, pp. 5 y 25; Michael R. Evans, «Unfit to Bear Arms. The Gendering of Arms and Armour in Accounts of Women on Crusade», en S.B. Edgington y S. Lambert (eds.), *Gendering...*, *op. cit.*, pp. 45-58; Keren Caspi-Reisfeld, «Women Warriors during the Crusades, 1095-1254», *ibidem*, pp. 94-107; y Johann F. Verbruggen, «Women in Medieval Armies», *Journal of Medieval Military History*, 4 (2006), pp. 119-136.

¹³⁵ Helen Nicholson, «Women on...», *op. cit.*, pp. 343 y 349; Martin Aurell, «Les femmes...», *op. cit.*, p. 330; Helen J. Nicholson, «Women and...», *op. cit.*, p. 25.

¹³⁶ Elena Lourie, «Black Women Warriors in the Muslim Army Besieging Valencia and the Cid's Victory: A Problem of Interpretation», *Traditio*, 55 (2000), pp. 181-209.

protagoniza la condesa de Tolosa Jeanne Plantagenet, antigua reina de Sicilia, cuarta esposa de Raimon VI y madre de su heredero Raimondet:

Después haber dado a luz, como mujer animosa y pródiga que no podía sufrir las injurias a los derechos de su marido, al que muchos nobles y grandes ofendían, asedió y atacó a los señores de Saint-Félix[-Lauragais] su castillo de Les Cassés. Pero esto le fue de poca utilidad, porque algunos de los que estaban con ella procuraban armas y lo necesario a los sitiados a traición y de forma oculta. Ella abandonó entonces ofendida el asedio, teniendo apenas la posibilidad de dejar el campo antes de que las llamas del incendio provocado por los traidores amenazaran su salida.¹³⁷

Lo que sí se observa en nuestros textos es una realidad bien conocida de la guerra plenomedieval, tanto en Occidente como en Tierra Santa: la defensa de castillos o ciudades a cargo de tropas acaudilladas por una mujer.¹³⁸ Como afirma Helen Nicholson, esta circunstancia no dependía del carácter privado-doméstico (se entiende que accesible a la mujer) de la actividad militar feudal, como tampoco de su personalidad, de su capacidad militar o de la necesidad del momento. Lo que permitía a una mujer, normalmente una dama noble o una reina, liderar una guarnición era la autoridad que ejercía por derecho en defensa de los intereses de su familia o en nombre de su marido ausente o de un hijo menor.¹³⁹ Conocemos un caso poco citado gracias a Guilhem de Puèglaurenc. En 1220-1221, en plena «reconquista occitana», el *castrum* de Puylaurens fue sitiado por las tropas del futuro Raimon VII, que venían de masacrar a los defensores de Lavaur. El señor del lugar, el terrible cruzado Foucaud de Berzy, había sido ejecutado meses atrás, por lo que al mando de Puylaurens estaba su viuda Ermengarde. Fue ella quien negoció con el joven conde tolosano la entrega de la plaza a cambio de las vidas de sus hijos y de toda la guarnición.¹⁴⁰

Más allá de esta breve noticia, dos personalidades antitéticas protagonizan en las fuentes de la Cruzada este tipo de actuación militar femenina. La primera es *Na Girauda*, hermana del vizconde Aimeric

¹³⁷ GPUY, cap. V. Sobre Jeanne Plantagenet (Joan o Joanna en inglés), Edmond-René Labande, «Les filles d'Aliénor d'Aquitaine: étude comparative», *Cahiers de civilisation Médiévale*, 29-113 (1986), pp. 101-112, esp. 106-111; Laurent Macé, *Les comtes...*, *op. cit.*, pp. 60-61; y Colette Bowie, *The Daughters of Henry II and Eleanor of Aquitaine*, Brepols, Turnhout, 2014, esp. pp. 81-94, 131-140, 152-157 y 185-191. En las pesquisas reales se menciona la defensa de sus pastos por parte de Ermengart, señora del *castrum* de Vailhan, aunque se desconocen los detalles, Gwendoline Haneke, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 173-174.

¹³⁸ Martin Aurell, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 325-326.

¹³⁹ Helen Nicholson, «Women on...», *op. cit.*, pp. 345-347. Cf. Megan McLaughlin, «The Woman Warrior...», *op. cit.*, pp. 201-205.

¹⁴⁰ GPUY, cap. 31; y Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1158 y 1163.

de Montreal y viuda de Guilhem Pèire de Brens, senescal del Albigés al servicio de los vizcondes de Béziers y Carcasona. Varios cronistas dan cuenta de su origen noble y de su condición de señora del *castrum* de Lavour. Lo que más se conoce de ella es su muerte. Una vez tomada la plaza tras un duro asedio, Simon de Montfort ordenó ejecutar a su hermano Aimeric y a 80 caballeros que habían acudido a socorrerla, acusados todos ellos de traición y de complicidad con la herejía. Guirauda fue arrojada por los cruzados a un pozo que luego llenaron de piedras, una pena de muerte equivalente al ahorcamiento y que era aplicada a mujeres.¹⁴¹ En el caso de *Na Girauda*, la insumisión política se combinaba con un firme compromiso, tanto suyo como de su familia, con el catarismo. Los cronistas más cruzadistas la llaman *heretica pessima* o *pessima Albigensis*.¹⁴² Pero la denuncia de su ejecución como una desgracia y un pecado (*dols e pecatz*) por parte del católico Guilhem de Tudela, autor bien informado por un clérigo testigo (*so me dig un clergat... ben o sai*), permite matizar esa imagen interesada y partidista.¹⁴³ A mediados del siglo XIX, la «belle Guirauda», idealizada como una «valeuruse ennemie» de los fanáticos cruzados, sería considerada una de las dos únicas «mujeres militares» de la Francia plenomedieval.¹⁴⁴ En efecto, por su condición de señora de Lavour, y aunque su hermano Aimeric seguramente lideraba la guarnición, Guirauda es quizá la única mujer occitana de la que puede sospecharse que estuvo al frente de una operación militar. En nuestros días se ha sugerido que comandaba la defensa de la fortaleza,¹⁴⁵ incluso con las armas en la mano, intentando explicarse su derrota por una falta de recursos militares o de voluntad de lucha en virtud del pacifismo inherente a sus creencias cátaras.¹⁴⁶ Lo cierto es que las fuentes hablan poco de ella, la presentan siempre como un personaje pasivo y no explicitan en ningún momento su liderazgo militar, por lo que es difícil extraer unas conclusiones claras.

¹⁴¹ GTU, estr. 68, vv. 20-23 y estr. 71, vv. 11-15; PVC, § 227; Albéric de Trois-Fontaines, «Chronica», en *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, ed. L. Delisle, t. 18, París, V. Palmé, 1879, pp. 744-796, esp. 777; Robert d'Auxerre, *op. cit.*, p. 279; GPUY, cap. 16; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 389-392; Karen Sullivan, *Truth...*, *op. cit.*, pp. 137-139; Natasha R. Hodgson, *Women, Crusading, and the Holy Land in Historical Narrative*, Woodbridge, Boydell, 2007, pp. 48-49. Sobre su ejecución, Martín Alvira, «Rebeldes y herejes vencidos en las fuentes cronísticas hispanas (Siglos XI-XIII)», en M. Fierro y F. García Fitz (coords.), *El cuerpo derrotado. Cómo trataban musulmanes y cristianos a los enemigos vencidos en la Península Ibérica (Siglos VIII-XIII)*, Madrid, CSIC, 2008, pp. 209-256, esp. 248-249.

¹⁴² PVC, §§ 215 y 227; Albéric de Trois-Fontaines, *op. cit.*, p. 777.

¹⁴³ GTU, estr. 68, v. 17 y 21, y estr. 71, v. 12.

¹⁴⁴ Alfred Tranchant y Jules Ladimir, *Les femmes militaires de la France*, París, Gournol, 1866, pp. 39-40.

¹⁴⁵ Laurence W. Marvin, *The Occitan War...*, *op. cit.*, pp. 98-105, esp. 104.

¹⁴⁶ Gwendoline Hancke, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 176-178.

La otra mujer al frente de una fortaleza durante la Cruzada Albigense es la ya citada Alix de Montmorency. En septiembre de 1217 se encontraba en el *Castel Narbonès*, fortificación principal de la ciudad de Toulouse, mientras su marido combatía en Provenza. Vaux-de-Cernay nos la describe a la cabeza de todas las mujeres e hijos del grupo familiar.¹⁴⁷ El viejo conde Raimon VI, procedente de la Corona de Aragón, entró entonces en la capital e inició un levantamiento general contra la dominación ejercida por Simon de Montfort desde 1215. El continuador anónimo de la *Canso* recrea a los tolosanos (*E·ls baros e las donas, les molers e·l maritz*) recibiendo con emoción a su señor natural.¹⁴⁸ Su reverso es Alix de Montmorency, *la comtessa*, asomada a una ventana del *Castel Narbonès*, presa de la ansiedad, contemplando la revuelta y preguntando a los cruzados por lo que pasaba. Inmediatamente envía a su marido un mensaje advirtiéndole del peligro que corrían ella y sus hijos.¹⁴⁹ Hay después una escena similar, con la condesa de nuevo pensativa y preocupada (*pessiva e cossirans*) en una ventana del castillo, mirando a los tolosanos, hombres y mujeres, afanados con alegría en la fortificación de la ciudad: *Y suspira y tiembla, y dice llorando: «Veo claramente que mi felicidad declina y que el dolor y la pena se acrecientan; por lo que tengo un gran temor por mí y por mis hijos»*.¹⁵⁰ Cuando el mensajero alcanza a Montfort, le comunica que *las condesas* están bien, aunque *tristes y afligidas, hartas de llorar, porque tienen miedo y temen ser matadas y destruidas*.¹⁵¹ Estas interesantes escenas reflejan con verosimilitud momentos y sentimientos vividos por muchas de las mujeres medievales que sufrieron un asedio. En cuanto al papel propiamente militar de Alix de Montmorency, vemos que es también escaso y pasivo, en la medida que se limita a comunicarse con su marido y esperar su ayuda. Como ha estudiado Marjolaine Raquin, la intención del poeta era subrayar la precaria situación militar de Simon de Montfort, cuya familia se ve gravemente amenazada. Hay, al mismo tiempo, un doble empleo de lo femenino, pues la pasiva condesa extranjera que mira temerosa por la ventana contrasta con las heroicas mujeres tolosanas que colaboran en las obras de fortificación de la ciudad cantando alegremente *las baladas e las rumors e·ls cans*.¹⁵²

¹⁴⁷ PVC, § 600.

¹⁴⁸ *Canso*, estr. 182, v. 66-70.

¹⁴⁹ *Ibidem*, estr. 183, v. 23-60.

¹⁵⁰ *Ibidem*, estr. 185, v. 80-87.

¹⁵¹ *Ibidem*, v. 88-92 y estr. 186, v. 20-22; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1063-1073; Laurence W. Marvin, *The Occitan War...*, *op. cit.*, pp. 270-272.

¹⁵² *Canso*, estr. 185, v. 83-84; Marjolaine Raquin, «Dones...», *op. cit.*, pp. 53-56; *Lorsque...*, *op. cit.*, pp. 541-543.

Este es uno de los varios pasajes de la continuación de la *Canso* en los que las mujeres toman parte activa, viva y «audible» en acciones militares. No extraña, por ello, que hayan sido muy citados por quienes estudian la participación femenina en la guerra plenomedieval. El poeta anónimo se refiere a mujeres de ciudad en un contexto de revuelta urbana (Toulouse, 1216 y 1217) o de asedio (Beaucaire, 1216; Toulouse, 1217-1218, 1219).¹⁵³ Su contribución consiste en la ayuda en los trabajos de construcción de barricadas, muros, cavas y fosos. En septiembre de 1217, al producirse el levantamiento de los tolosanos, escribe el poeta:

Y en ninguna ciudad se vio tan rico obrero,
 porque allí trabajan el conde y todos los caballeros,
 y burgueses y burguesas y el valiente mercader
 y el hombre y las mujeres y el cambista cortés
 y los mozos y las mozas y el sirviente y el trotero,
 quienes portan pico o pala o rastrillo ligero.
 Cada uno a la tarea le pone gran corazón.
 Y por la noche a la vigilancia van todos en común;
 están por las calles las luces y los candiles;
 y los tambores y los panderos y los clarines hacen tormenta;
 las mozas y las mujeres, mudas por un gozo verdadero,
 hacen baladas y danzas en un ambiente de alegría.¹⁵⁴

Tras la llegada de Simon de Montfort y el inicio del llamado «Gran Asedio de Toulouse» continúan las tareas de reparación y construcción de posiciones defensivas:

Y comienzan las obras y las portadas y los portillos;
 caballeros y burgueses reciben las piedras
 y damas y donceles y mozas y mozos
 y doncellas jóvenes, las grandes y las pequeñas,
 cantando baladas y canciones y estribillos.¹⁵⁵

Y la escena se repite durante los preparativos del tercer asedio de la capital (1219), con los que termina la segunda parte de la *Canso*:

¹⁵³ Sobre los asedios, puede verse Martín Alvira, «Le Siège de Beaucaire et les grands sièges de la croisade des Albigeois», en M. Bourin (dir.), *Le Siège de Beaucaire, 1216. Pouvoir, société et culture dans le Midi rhodanien (seconde moitié du XIIIe - première moitié du XIIIe siècle)*, Toulouse, Privat (en prensa).

¹⁵⁴ *Canso*, estr. 183, v. 67-78 (Toulouse 1217), estr. 158, v. 29-31 (Beaucaire 1216) y estr. 172, v. 72-74 (Toulouse 1217).

¹⁵⁵ *Ibidem*, estr. 203, v. 103-107.

Y trabajan con gozo todas las gentes comunes
y donceles y doncellas y damas y mujeres
y mozos y mocitas y niños pequeños,
Que cantan baladas y estribillos alegres.¹⁵⁶

Esta gozosa colaboración de mujeres de toda edad (niñas, jóvenes, doncellas, esposas) y de toda condición (damas, burguesas, del común) tiene mucho de ideológico. Permitía al poeta evocar en su audiencia unos sentimientos de unidad, de solidaridad y de pertenencia destinados a movilizar el espíritu de lucha contra el enemigo común. Pero el potente discurso adherido a estos pasajes no impide ver en ellos un testimonio de la implicación militar femenina en el conflicto albigense.¹⁵⁷ La *Canso* las describe llevando agua y transportando piedras durante los combates.¹⁵⁸ Y algo que nos interesa aquí especialmente: manejando máquinas de asedio. Los versos que relatan la muerte de Simon de Montfort a consecuencia del impacto de un proyectil de pedrera operada por mujeres tolosanas son bien conocidos: *Y tiraban las damas y las mozas y las mujeres, y fue todo derecho la piedra ahí donde era menester*.¹⁵⁹ La realidad del episodio es confirmada por el intelectual inglés John de Garlande, que fue maestro en la nueva universidad de Toulouse poco después de terminar la guerra. En una glosa de su *Dictionarius* (c. 1220) comenta: *Las matronas tolosanas manejaban una pedrera con la que fue muerto el conde de Montfort*.¹⁶⁰ E insiste en ello en el libro VIII de su poema titulado *De triumphis Ecclesie* (1252).¹⁶¹ Este célebre episodio fue silenciado

¹⁵⁶ *Ibidem*, estr. 213, v. 107-110.

¹⁵⁷ Eliza M. Ghil, *L'âge...*, *op. cit.*, pp. 168-169, 195 y 209, n. 50; Sharon B. Neal, «Las donas...», *op. cit.*, pp. 116-117; Martin Aurell, «Les femmes...», *op. cit.*, p. 326; Gwendoline Hancke, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 169-170; Marjolaine Raguin, «Dones...», *op. cit.*, pp. 49-53; *Idem*, *Lorsque...*, *op. cit.*, pp. 332 y 539-544.

¹⁵⁸ *Canso*, estr. 207, v. 22-23. Varias damas occitanas aportaron igualmente piedras a los defensores durante el asedio de Montréal, en el contexto de la revuelta de los Trencavel (1240-1241), GPUY, p. 168, n. 289; y Gwendoline Hancke, «Les femmes...», *op. cit.*, pp. 172-173.

¹⁵⁹ *E tiraban las donas e tozas e molhers / E veng tot dreit la peire lai on era mestier*, *Canso*, estr. 205, v. 124-125.

¹⁶⁰ En la entrada *peltas Amazonum*, según el editor de la *Canso*, t. III, p. 206, n. 4. Sin embargo, en la edición manejada del *Dictionarius*, el texto es otro: *et perareas sive tormenta, quarum una pessumdedit Simonem comitem Montifortis* (ed. y trad. ing. B.B. Rubin, Lawrence, The Colorado Press, 1981, p. 48).

¹⁶¹ *Forsan in urbe fuit petraria parvula multas / Inter consimiles, otia nulla gerens, / Assidue quoniam mulieres saxa rotabant, / Ut pro parte sua sic nocumenta darent*, John de Garlande, *De triumphis Ecclesie*, ed. T. Whright, *Johannis de Garlandia De triumphis Ecclesie libri octo. A Latin Poem of the Thirteenth Century*, Londres, J.B. Nichols, 1856, lib. V, p. 87. Hay una nueva edición crítica aún inedita, Martin A. Hall, *The Historical, Biographical and Intellectual Context of John of Garland's «De triumphis Ecclesie», a New Critical Edition*, PhD Thesis, dir. J. Phillips, Royal Holloway, 2017.

por los cronistas eclesiásticos Pierre des Vaux-de-Cernay y Guilhem de Puèglaurenç, seguramente porque una muerte a manos de mujeres contribuía a denigrar la memoria del caudillo cruzado.¹⁶² Lo trascendente para nosotros es que confirma la participación femenina efectiva en algunos de los combates de la Cruzada.

En relación con esta cuestión, vale la pena recordar el interesante pasaje en clave femenina de Guilhem de Tudela al describir el asedio de Minerve (junio-julio 1210). Cuenta que los cruzados tenían una poderosa máquina de lanzamiento que de *sus otras pedreras era señora y reina*, a la que llamaban *Mala Vezina*, nombre por cierto nada infrecuente en la época.¹⁶³

Mujeres y divinidad: la ayuda de la Virgen

El inquisidor dominico Étienne de Bourbon (m. c. 1261) se hizo eco de la milagrosa historia de un subdiácono bretón que acompañaba a un pequeño grupo de cruzados pobres en la Cruzada Albigense, probablemente el año 1209. Fueron emboscados cerca de Béziers y a este clérigo le cortaron la lengua. Pero la Virgen María se apiadó de él y se la recompuso mientras permanecía convaleciente en la abadía de Cluny.¹⁶⁴ En las fuentes narrativas encontramos otros testimonios de esta ayuda espiritual femenina.¹⁶⁵ Curiosamente, solo hay uno en las fuentes cruzadistas: cuando Vaux-de-Cernay afirma que la ciudad de Moissac cayó en manos de los cruzados el día de la Natividad de la Virgen de 1212 (8 septiembre) y por su intercesión (*operata beata Virgo*).¹⁶⁶ Las referencias a Santa María son más frecuentes en la *Canso*, el texto más abiertamente opuesto a la Cruzada. Cuenta el poeta anónimo que las damas, las mujeres del pueblo y las jóvenes tolosanas, animadas tras la muerte de Simon de Montfort, llevaban agua y piedras a los defensores diciendo: ¡Señora Santa María, protégenos hoy!¹⁶⁷ También afirma que, antes de entrar en combate contra los cruzados, el conde Bernart IV de Comminges arengaba a sus tropas apelando a «*santa Maria, ¡Vergena emperaritz!*»; lo mismo que el joven Raimondet de Tolosa antes de la batalla de Baziège: «*Que, per Santa Maria,*

¹⁶² PVC, § 612; GPUY, cap. 28; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1115-1117; Helen Nicholson, «Women on...», *op. cit.*, p. 344; *Idem*, «Women and...», *op. cit.*, p. 20.

¹⁶³ GTU, estr. 48, v. 6-7. Alude también a la potencia y al gran coste de esta máquina, PVC, § 152.

¹⁶⁴ Daniel Power, «Who went...», p. 1084, n. 162.

¹⁶⁵ Sobre este tema, puede verse Sarah Hamilton, «The Virgin Mary in Cathar Thought», *Journal of Ecclesiastical History*, 56 (2005), pp. 24-49; y para el ámbito hispano, Amy G. Remensnyder, *La Conquistadora. The Virgin Mary at War and Peace in the Old and New Worlds*, Nueva York, Oxford University Press, 2014.

¹⁶⁶ PVC, § 353.

¹⁶⁷ *Canso*, estr. 207, v. 24.

on *Jhesu Crist se mes!*». ¹⁶⁸ Estas demostraciones de ortodoxia constituyen una respuesta directa a las acusaciones de herejía que pesaban sobre los occitanos, pues, afirmando su catolicidad, el poeta rechazaba de plano el argumento religioso que había justificado la Cruzada. ¹⁶⁹ Era también una forma de demostrar a su audiencia que Dios y la Virgen habían cambiado de bando, y que la razón y el derecho estaban en la causa liderada por los condes de Tolosa. La mejor prueba de ello son los versos finales del poema, los que describen a los occitanos preparándose ante la inminente llegada del ejército cruzado liderado por el príncipe Luis de Francia:

¡Que el Hijo de la Virgen, que es luz y resplandece,
y que da sangre preciosa para que la Misericordia venza,
guarde Razón y Derecho y tenga cuidado de
que los males y las culpas sean de los que quieren el mal! (...)
Pero la Virgen María les será protectora,
que según el derecho endereza los males,
para que la sangre inocente no se derrame. ¹⁷⁰

Mujeres y diplomacia: el papel de Blanca de Castilla

Las mujeres de la realeza y de la nobleza, por sus vínculos familiares y su presencia en la vida cortesana, tenían la posibilidad de intervenir en los conflictos bélicos en funciones de mediación y negociación. ¹⁷¹ Las fuentes narrativas de la Cruzada Albigense mencionan en este cometido a Blanca de Navarra, condesa de Champagne, una de las grandes personalidades aristocráticas femeninas de principios del siglo XIII. Viuda del conde Thibaut III desde 1201, ejerció la regencia de su hijo Thibaut IV hasta que alcanzó la mayoría de edad en 1222. Aunque bien relacionada con la monarquía Capeto, la condesa parece haber mantenido estrechos contactos con los señores meridionales con los

¹⁶⁸ *Ibidem*, estr. 209, v. 67 y estr. 210, v. 98.

¹⁶⁹ Marjolaine Raguin, *Lorsque...*, *op. cit.*, pp. 205 y 381-390. Sobre la dicotomía Dios-Iglesia en el anónimo, véase Eliza M. Ghil, *L'Age...*, *op. cit.*, pp. 171-176.

¹⁷⁰ *Canso*, estr. 214, v. 116-119 y estr. 214, v. 131-132 (el poema termina en el v. 136).

¹⁷¹ Para el ámbito hispano, Ángela Muñoz, «*Semper pacis amica*. Mediación y práctica política (siglos VI-XIV)», *Arenal*, 5-2 (1998), pp. 263-276; Esther Pascua y Ana Rodríguez, «Nuevos contextos políticos en la sociedad plenomedieval: esposas y señoras en un mundo de jerarquía y fidelidad», en A.M. Aguado (ed.), *Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz*, Valencia, Universitat de València-AEIHM, 1999, pp. 29-58; Cristina Segura, «Las mujeres mediadoras y/o constructoras de la paz», en A. Arranz, M.P. Rábade y Óscar Villarroel (coords.), *Guerra y paz en la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 421-438; el dossier *La Paix des dames. Femmes, paix et pacification en Péninsule Ibérique au Moyen Âge (Xe-XVe siècle)*, dir. H. Thieulin-Pardo, *e-Spania*, 20 (février 2015); y Yolanda Guerrero, «Las mujeres...», *op. cit.*, pp. 8-9.

que estaba emparentada. Así, según Guilhem de Tudela, a principios de 1210 acogió al conde Raimon VI de Tolosa cuando recorría el norte de Francia en busca de apoyos y antes de viajar a Roma a entrevistarse con el papa.¹⁷² Recordemos que una hija del tolosano, Constança, había sido esposa del rey de Navarra Sancho VII, hermano de Blanca. En la primavera de 1213 fue informada por otro familiar, Pedro el Católico, de sus iniciativas diplomáticas ante el Papado con el fin de detener la Cruzada o de *apagar el ánimo de los peregrinos contra los herejes*, como escribió el monje Vaux-de-Cernay, en lo que parece una maniobra del rey de Aragón para ganarse el apoyo de la nobleza francesa de cara a sus proyectos de dominación ultrapirenaica.¹⁷³ De esta condesa se conoce también su enérgico y exitoso liderazgo militar durante las campañas en las que acompañó a su hijo, tal como señaló el cronista cisterciense Albéric de Trois-Fontaines.¹⁷⁴

Similar al de Blanca de Navarra es el caso de su pariente homónima Blanca de Castilla, cuya figura es inseparable de la última etapa de la Cruzada Albigense. Se ha dicho que poner fin a la larga guerra del Midi fue «la acción tal vez más importante de su reinado, aquella que, vista con la perspectiva del tiempo, sin duda ha influido más profundamente en el destino del reino de Francia».¹⁷⁵ La personalidad y la energía de la reina Blanca, regente de su joven hijo Luis IX desde 1226, son bien conocidas. También su presencia en las campañas libradas por el ejército real contra los barones que se levantaron en armas entre 1227 y 1231. No en vano, en el siglo XIX sería considerada la segunda de las «mujeres militares» de la Francia plenomedieval.¹⁷⁶

Tras hacerse con las riendas de la regencia,¹⁷⁷ Blanca se propuso poner fin a la guerra en el sur. Las tropas dejadas allí por su mari-

¹⁷² GTU, estr. 42, v. 11-12.

¹⁷³ PVC, § 420.

¹⁷⁴ *quae viriliter et strenue de adversariis triumphavit, et quaedam castra potenter firmavit et munivit*, Albéric de Trois-Fontaines, *op. cit.*, p. 763; Megan McLaughlin, «The Woman Warrior...», *op. cit.*, pp. 198-199. Sobre esta condesa, *Littere Baronum. The Earliest Cartulary of the Counts of Champagne*, ed. T. Evergates, Toronto, University of Toronto Press, 2003, pp. 11-12 y 16-17; Lindy Grant, *Blanche of Castile, Queen of France: Power, Religion and Culture in the Thirteenth Century*, New Haven, Yale University Press, 2016, pp. 67 y 279.

¹⁷⁵ Régine Pernoud, *Blanca de Castilla. La gran reina de la Europa medieval*, Barcelona, Belacqva/Carrogió, 2002 (orig. fr. 1972), pp. 132-135, esp. 132.

¹⁷⁶ Alfred Tranchant y Jules Ladimir, *Les femmes militaires...*, *op. cit.*, pp. 41-46; Élie Berger, *Histoire de Blanche de Castille, reine de France*, París, Thorin & Fils, 1895, pp. 299-311, esp. 299; Gérard Sivéry, *Blanche de Castille*, París, Fayard, 1990, pp. 131-154 y 159-166.

¹⁷⁷ Véase Ursula Vones-Liebensten, «*Une femme gardienne du royaume ? Régentes en temps de guerre (France-Castille, XIIIe siècle)*», en P. Contamine y O. Guyotjeannin (dirs.), *La guerre, la violence et les gens au Moyen Âge : 119e congrès national des sociétés historiques et scientifiques, Amiens, 1994. Vol. 2 : La violence et les gens*, París, CTHS, 1996, pp. 9-22, esp. 12-15; Jean Richard, «Les pouvoirs de Blanche de Castille»,

do Luis VIII controlaban militarmente la región, excepto la ciudad de Toulouse, pero se hacía necesario un último impulso que forzara el final del conflicto. Recientemente se ha insistido en que el asunto albigense fue de «profunda importancia» para la reina, y no solo porque su marido hubiera empleado la mayor parte de su breve reinado en esta empresa y perdido la vida a su regreso.¹⁷⁸ El relanzamiento de la guerra en el Midi llevó a Blanca a enfrentarse con los grandes prelados del reino, reticentes a la hora de aportar la financiación económica que con anterioridad habían apalabrado. Esta resistencia fue vencida gracias al apoyo del cardenal Romano de Sant'Angelo, legado pontificio en Francia y consejero fiel de la reina. Las operaciones militares puestas en marcha en 1227-1228 por iniciativa de Blanca no fueron del mismo porte que otras previas, pero permitieron a las tropas de Humbert de Beaujeu, primo hermano de Luis VIII, destruir sistemáticamente los alrededores de Toulouse –como describe en detalle Guilhem de Puèglarenç–,¹⁷⁹ lo que obligó al conde Raimon VII a reconocer su incapacidad para mantener el pulso y a iniciar negociaciones.¹⁸⁰

En ellas se ha querido ver la mano pacificadora de la reina Blanca, pariente –eran primos hermanos por línea materna– y cercana culturalmente de Raimon VII.¹⁸¹ En enero de 1229 se acordó un primer tratado en Meaux, seguido de otro en abril, de condiciones mucho más duras, que el conde de Tolosa tuvo que aceptar. Los afectos de Blanca –explotados políticamente en sus relaciones con el conde Thibaut IV de Champagne–¹⁸² pudieron influir a la hora de ofrecerle una salida negociada a Raimon VII, de llevarle a la mesa de negociaciones y de aceptar el acuerdo, bien porque la reina quisiera (o creyera que podía) salvar la honra del conde, bien porque este adoptara una pose cortés o pseudoamorosa hacia sus exigencias.¹⁸³ En este sentido, sabemos que Guilhem de Puèglarenç desmintió los rumores tardíos que acusaban a Blanca de ser demasiado favorable a su primo, y ello a costa de los

en É. Bousmar, J. Dumont, A. Marchandisse y B. Schnerb (eds.), *Femmes de pouvoir, femmes politiques durant les derniers siècles du Moyen Âge et au cours de la première Renaissance*, Bruselas, De Boeck, 2012, pp. 91-100.

¹⁷⁸ Lindy Grant, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 66, 82 y 92-95.

¹⁷⁹ GPUY, cap. 36.

¹⁸⁰ Élie Berger, *Histoire...*, *op. cit.*, pp. 93-99 y 111-115; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1339-1353; y Lindy Grant, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 86-87.

¹⁸¹ Élie Berger, *Histoire...*, *op. cit.*, pp. 2 y 136-143, esp. 140; Régine Pernoud, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 132 y 134; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1354-1355; Gérard Sivéry, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 158-159; y Lindy Grant, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 66, 84 y 87.

¹⁸² Élie Berger, *Histoire...*, *op. cit.*, pp. 82-83 y 214-229; Gérard Sivéry, *Blanche...*, *op. cit.*, p. 146; Jean Richard, «Les pouvoirs...», *op. cit.*, p. 100; y Lindy Grant, *Blanche...*, *op. cit.*, p. 84.

¹⁸³ Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1391-1394; GPUY, p. 181, n. 312.

intereses de su hijo.¹⁸⁴ El propio Raimon VII reconoció esos rumores y los perjuicios que habían ocasionado a la reina. Lo hizo en una carta muy sentida, escrita en octubre de 1242, en la que apeló a sus lazos familiares para conseguir su mediación ante Luis IX, contra el que se había levantado en armas.¹⁸⁵ Pero si la sintonía personal o familiar puede deducirse de estos testimonios posteriores, las fuentes documentales y cronísticas no parecen confirmar su influencia en la paz de 1229. Como ha recordado recientemente Jacques Paul, el Tratado de París impuso a Raimon VII unas condiciones leoninas. Las estrictas cláusulas jurídicas impuestas por la monarquía francesa, además de no dejar sitio alguno a los sentimientos, evidencian una realidad militar y política incontestable: la derrota y el aislamiento «internacional» del conde de Tolosa.¹⁸⁶ A Blanca de Castilla se le puede atribuir la aceptación de una solución pactada –que desde hacía años intentaba Raimon VII– con el objeto de evitar una guerra indefinida y la desposesión total de su primo. Sin embargo, en el tratado que puso fin al conflicto –«une des plus belles oeuvres qu’ait laissées Blanche de Castille», en palabras del biógrafo Élie Berger¹⁸⁷ esa buena predisposición de la reina apenas se vislumbra. Guilhem de Puéglarenç, el principal cronista del final de la Cruzada Albigense, transmite la misma impresión. De hecho, no cita a Blanca, salvo para aludir al peligro corrido por el reino de Francia cuando quedó en manos de una mujer y un menor, peligro solventado gracias a la ayuda de Dios.¹⁸⁸ Por su parte, el canciller castellano Juan de Osma, haciéndose eco de estos mismos temores, sí recuerda en su crónica a Blanca, alabando su regencia, su prudencia y su largo gobierno. Pero lo que prima en su versión del final de la guerra antialbigense vuelve a ser la derrota militar del conde Raimon VII y el carácter forzoso, impuesto y sin concesiones que para él tuvo la paz de 1229:

¹⁸⁴ GPUY, cap. 43 y p. 181, n. 312; y Lindy Grant, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 92 y 194.

¹⁸⁵ *in mente vestra amorem insignis memorie matris nostre gerentes, per quam vobis consanguinitatis linea attinemus (...) quod unquam (...) data sit materia quibusque vestris detractoribus contra bonitatis ac puritatis et discretionis vestre famam celebrem obloquendi*, *Layettes du trésor des chartes*, t. II, ed. M.A. Teulet, París, H. Plon, 1866, n.º 2296 (Penne, 20.10.1242). También en una carta posterior, *HGL*, t. 8, cols. 1104-1105 (Lorris, 19.01.1243); Élie Berger, *Histoire...*, *op. cit.*, pp. 350-353; Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, t. II, pp. 314-349; Gérard Sivéry, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 194-196; y Lindy Grant, *Blanche...*, *op. cit.*, pp. 123, 126-127 y 285.

¹⁸⁶ Jacques Paul, «Le traité de Meaux-Paris (avril 1229)», en C. Carozzi y H. Taviani-Carozzi (dirs.), *Faire l'événement au Moyen Âge, Aix-en-Provence*, PUP, 2017, pp. 139-156. Antes lo había señalado Élie Berger, *Histoire...*, *op. cit.*, p. 114. Véase también Michel Roquebert, *L'Épopée...*, *op. cit.*, pp. 1354-1409.

¹⁸⁷ Élie Berger, *Histoire...*, *op. cit.*, p. 140.

¹⁸⁸ GPUY, cap. 34, 37 y 38.

El conde tolosano y sus cómplices, conocida la muerte de don Luis, ilustre rey de los francos, llenos de gran gozo, se prepararon para rebelarse contra la Iglesia y la gente de los francos, confiando que la niñez del rey y el sexo femenino no podían acometer nada de importancia, pues al dicho rey Luis sucedió su hijo Luis, niño pequeño de casi doce años, del cual y de su reino cuidó la reina madre doña Blanca, hija del glorioso don Alfonso, rey de Castilla, y, como mujer prudente, retuvo largo tiempo y rigió el reino de los francos. Después de tratar diligentemente con el legado de la Iglesia Romana, que entonces estaba en Francia, y con los arzobispos y obispos y con los barones del reino, envían contra el conde tolosano y sus cómplices a varones nobles, valerosos y prudentes con gran cantidad de caballeros y sargentos, quienes como caballeros de Cristo e invictos guerreros, no concediendo descanso a los tolosanos, sometieron toda aquella tierra, desprovista de la ayuda divina, a la Iglesia Romana por medio del rey de los francos.

El sobredicho conde tolosano, viendo que no podía rebelarse, se sometió a la voluntad del legado y del rey de los francos, y en Francia se reconcilió con la Iglesia, recibida antes del mismo una caución suficiente, a saber, prestado juramento de que en todo obedecería los mandamientos de la Iglesia y que no saldría de Francia antes de que cumplierse todas las condiciones que entonces podían cumplirse. La única hija que tenía este conde [Joana], de cuyo matrimonio con el hermano del rey de Francia [Alfonso de Poitiers] se estaba tratando, fue conducida junto a la reina de Francia, su consobrina, alargando el conde su permanencia en Francia. En el año 1229 de la Encarnación del Señor, los muros de Toulouse fueron completamente destruidos, y rellenados hasta la superficie de la tierra todos los fosos y destruidas todas las defensas circundantes, excepto unas pocas que retuvo en su poder el rey de los francos. Así el Señor Cristo, Salvador nuestro, destruyó toda la fuerza contra él levantada. La depravación herética, que había colocado casi su nido en aquella tierra, fue destruida en gran parte, entregados muchos herejes al fuego y otros huidos y dispersados, dispersión que había previsto el Altísimo para que no fuera ocasión de perdición para muchos. Guardó pues silencio aquella tierra, obtenida la paz de la que careció en tiempos.¹⁸⁹

A modo de conclusión

La Cruzada Albigense es un buen laboratorio en el que estudiar la participación militar y política de las mujeres plenomedievales. Pese a sus limitaciones, las fuentes narrativas ofrecen datos interesantes, especialmente elocuentes en el caso de la continuación anónima de la *Canso*. No puede sorprender el decisivo papel jugado por las mujeres

¹⁸⁹ *Chronica latina regum Castellae*, en L. Charlo Brea (ed.), *Chronica hispana saeculi XIII*, Turnhout, Brepols, 1997, pp. 7-118, cap. 52; Martín Alvira, «La Cruzada Albigense...», *op. cit.*, pp. 973-975.

en las estrategias políticas empleadas por los distintos poderes en conflicto. También se aprecia su conocida participación en la difusión de la herejía, por mucho que los testimonios conservados puedan deformar en ocasiones la realidad. Los autores coetáneos suelen introducir la presencia de mujeres a modo de recurso ilustrador del elevado nivel de violencia que desde el principio caracterizó la guerra occitana. En este sentido, es interesante que las víctimas femeninas mencionadas prácticamente siempre formen parte del campo de los enemigos de los cruzados. El silencio de los autores sobre las violencias sexuales también es significativo. La presencia y la actividad de las mujeres cruzadas puede deducirse por analogía con otros conflictos similares, pero resulta difícil de describir a partir de los testimonios cercanos. La excepción es Alix de Montmorency, personalidad femenina con un protagonismo indiscutible en todos los relatos y que, en buena medida, encarna un ideal aristocrático de mujer cruzada.

En el plano meramente militar, la participación de las mujeres se concentra en actividades de apoyo, si bien en el ámbito urbano se aprecia una implicación mucho mayor, llegando hasta el manejo de máquinas de asedio. No hay datos, en cambio, que avalen las acciones de combate cuerpo a cuerpo, ni la dirección de tropas, limitada como en otros escenarios al ejercicio de la autoridad sobre guarniciones de plazas fuertes en ausencia de parientes masculinos. Las fuentes demuestran la implicación de personalidades aristocráticas femeninas en tareas de negociación y mediación, si bien apenas contamos con algunos datos para Blanca de Navarra o la citada Alix de Montmorency. El protagonismo de la reina Blanca de Castilla parece aceptable a la hora de forzar unas negociaciones que pusieran fin a la guerra, pero no tanto en el curso de las mismas, pues su balance militar y político fue claramente favorable para la monarquía Capeto.